



Los Favores Del Mundo

Comentario [LT1]:

Juan Ruiz De Alarcón Y Mendoza

Personas que hablan en ella:

- GARCÍA Ruiz de Alarcón
- Don JUAN de Luna
- El PRÍNCIPE don Enrique, hijo de don Juan II de Castilla
- Don DIEGO, viejo, tío de Anarda
- El CONDE Mauricio
- LEONARDO, su criado
- HERNANDO, gracioso
- GERARDO, paje del Príncipe
- ANARDA, dama
- JULIA, dama
- INÉS, criada de Anarda
- BUITRAGO, escudero
- Dos PAJES
- CRIADOS

ACTO PRIMERO

*Salen don GARCÍA Ruiz y HERNANDO, con
vestido de color*

HERNANDO: ¡Lindo lugar!
GARCÍA: El mejor;
 todos, con él, son aldeas.
HERNANDO: Seis años ha que rodeas
 aqueste globo inferior,
 y no vi en su redondez
 hermosura tan extraña.
GARCÍA: Es corte del rey de España,
 que es decirlo de una vez.
HERNANDO: ¡Hermosas casas!
GARCÍA: Lucidas;
 no tan fuertes como bellas.
HERNANDO: Aquí las mujeres y ellas
 son en eso parecidas.
GARCÍA: Que edifiquen al revés
 mayor novedad me ha hecho,
 que primero hacen el techo,
 y las paredes después.
HERNANDO: Lo mismo, señor, verás
 en la mujer, que adereza,
 al vestirse, la cabeza
 primero que lo demás.
GARCÍA: Bizarras las damas son.
HERNANDO: Distras pudieras decir
 en la herida del pedir,
 que es su primera intención.
 Cifrase, si has advertido,
 en la de mejor sujeto,
 toda la gala en el peto,
 toda la gracia en el pido.
 Tanto la intención crüel
 sólo a este fin enderezan,
 que si el "Padre nuestro" rezan,
 es porque piden con él.
 Hoy a la mozuela roja
 que en nuestra esquina verás,
 dije al pasar, "¿Cómo estás?,
 Y respondió, "Para aloja."
GARCÍA: Con todo, siento afición
 de Madrid en ti.
HERNANDO: Y me hicieras

merced si aquí fenecieras
esta peregrinación;
que molerán a un diamante
seis años de caminar
de un lugar a otro lugar,
hecho caballero andante.

GARCÍA: Hernando, estoy agraviado,
y según leyes de honor,
debo hallar a mi ofensor;
no basta haberlo buscado.

Mas no pienses que me canso,
que hasta llegar a matarle,
de suerte estoy, que el buscarle
tengo sólo por descanso.

No a mitigarme es bastante
tiempo, cansancio ni enojos,
que siempre tengo en los ojos
aquel afrentoso guante.

¡Ah, cielos! ¿En qué lugar
escondéis un hombre así?
Cielos, o matadme a mi,
o dejádmelo matar.

Yo, que en la africana tierra
tantos moros he vencido;
yo, que por mi espada he sido
el asombro de la guerra,
yo, que en tan diversas partes
fijé, a pesar del pagano
y el hereje, con mi mano
católicos estandartes,
¿he de vivir agraviado
tantos años, cielo? ¿Es bien
que esté deshonorado quien
tantas honras os ha dado?

HERNANDO: Por Dios te pido, señor,
que no te aflijas así,
que yo espero en Dios que aquí
has de restaurar tu honor.

Si las señas no han mentido,
don Juan en Madrid está.
Sufre lo menos, pues ya
lo más, señor, has sufrido.

Deja esa pena inhumana,
no pienses en tu contrario.

GARCÍA: Es pedir al cuartanarío
que no piense en la cuartana.

HERNANDO: Diviértete, considera
cómo está en caniculares
con ser pobre Manzanares,
tan honrada su ribera,

que de él dijo una señora,
cuyo saber he envidiado,
que es, por lo pobre y honrado,
hidalgo de los de agora.

Bien puede aliviar tus males
ver ese parque, abundoso
de conejo temeroso,
blanco de tiros reales.

GARCÍA: Detente. ¿No es mi enemigo
el que miro?

HERNANDO: ¿Don Juan?

GARCÍA: Sí,
el que viene hablando allí...
con aquel coche...

HERNANDO: Yo digo
que me parece don Juan,
pero no puedo afirmarlo.

GARCÍA: Ya ves que importa no errarlo.
Pues tan divertidos van,
al descuido has de acercarte,
y con cuidado mirar
si es él; que yo quiero estar
escondido en esta parte
hasta que vuelvas. Advierte
que certificado quedes.
De espacio mirarlo puedes,
que él no podrá conocerte.

HERNANDO: El coche paró... una dama
sale...; él sirve de escudero.

GARCÍA: Acaba, vete.

HERNANDO: El cochero
me dirá cómo se llama.

***Vase HERNANDO; don GARCÍA se esconde a un lado, y por el opuesto
salen doña ANARDA y doña JULIA, con mantos, y don JUAN***

JUAN: El Príncipe, mi señor,
que de este parque en la cuesta
dando está con la ballesta
lición, y envidia al amor,
como vuestro coche vio,
contento y alborotado
a daros este recado,
bella Anarda, me envió.
miradlo en aquel repecho,
sobre el hombro la ballesta,
la mira en el blanco puesta
que sigue tan sin provecho.

ANARDA: Al parque, don Juan, subiera,

no dando qué murmurar,
mas está todo el lugar
de ese río en la ribera.

Perdón me ha de dar su alteza,
y porque pueda advertir
que nace en mí el no subir
de honor, y no de esquivaza,
aquí me quiero asentar,
donde el príncipe me vea;

Siéntanse las damas; don JUAN se arrodilla

que ver lo que se desea,
algo tiene de gozar.

Y vos, que con él priváis,
estaos aquí, porque arguya
que esta fortaleza es suya,
pues por alcaide quedáis.

Habla aparte doña JULIA con doña ANARDA

JULIA: Parece que se mitiga
tu acostumbrado rigor.

ANARDA: A esto me obliga el temor,
ya que el amor no me obliga.

A don JUAN

¿De rodilla?

JUAN: Tus despojos
adoro.

ANARDA: Mucho te humillas.

JUAN: ¿No pondré yo las rodillas
donde el Príncipe los ojos?

Y cuando no a tu deidad
tal veneración le diera,
a tu prima se la hiciera,
pues adoro su beldad.

*Sale HERNANDO. Sale don GARCÍA al encuentro
a HERNANDO y habla con él sin ser vistos de don JUAN ni las damas*

GARCÍA: ¿Es don Juan?

HERNANDO: Sin duda alguna,
que yo pregunté al cochero
quién es este caballero
y dijo, "don Juan de Luna."

GARCÍA: En cas del embajador
de Inglaterra te espero.
Con mis joyas y dinero
ponte en salvo.

HERNANDO: Voy, señor.

***Vase HERNANDO. Don GARCÍA saca la espada y
embiste a don JUAN; él se levanta, y la saca también***

GARCÍA: Aquí pagará tu vida
tu atrevimiento.

JUAN: Detente.

GARCÍA: ¡Ah, don Juan! aquí no hay gente
que la venganza me impida.

ANARDA: ¡Qué confusión!

JULIA: Prima mía,

¿qué haremos?

ANARDA: ¡Oh, trance fuerte!

JUAN: ¿Veniste a buscar tu muerte?

¿No me conoces, García?

GARCÍA: Tanto mayores serán,
si aquí te venzo, mis glorias,
cuanto lo son tus victorias.

Vienen a los brazos y cae debajo don JUAN

ANARDA: Vencido cayó don Juan.

Don GARCÍA saca la daga

GARCÍA: Ya llegó el tiempo en que salga
de tanta afrenta. ¡Enemigo,
éste es tu justo castigo!

Va a darle una puñalada

JUAN: ¡Válgame la Virgen!

Detiene el brazo alzado don GARCÍA, y se levanta

GARCÍA: Valga;
que a tan alta intercesora
no puedo ser descortés.

JUAN: Déjame besar tus pies.

GARCÍA: Don Juan, a nuestra Señora,

virgen, madre de Dios hombre,
de la vida sois deudor;
que refrenar mi furor
pudiera sólo su nombre.

JUAN: Matadme; que más quisiera
morir, que haber agraviado
a quien la vida me ha dado.

GARCÍA: Más queda de esta manera
satisfecha la honra mía;
que si ya pude mataros,
más he hecho en perdonaros
que en daros la muerte haría.

Matar pude, vencedor
de vos solo; mas así
he vencido a vos y a mi,
que es la victoria mayor.

Sólo faltó derribar
el brazo ya levantado;
más fue perdonar airado,
que era, pudiendo, matar.

ANARDA: (De turbada estoy sin mí.) **Aparte**

Necio, descortés, grosero,
si valiente caballero,
fuera bien mirar que aquí
estaba yo, para dar
a ese intento dilación.
¿Faltáraos otra ocasión
de poderlo ejecutar?

GARCÍA: En que os habéis ofendido,
reparad, señora mía,
llamando descortesía
lo que ceguedad ha sido.

Ciego llegué del furor;
que, ¿quién, señora, os mirara,
que suspenso no quedara
o de respeto o de amor?

ANARDA: Vanas las lisonjas son,
cuando con lo que intentastes,
de ningún modo guardastes
el decoro a mi opinión.

¿Qué dijeran los que están
buscando que murmurar,
viendo a mi lado matar
un hombre como don Juan?

JUAN: Si advertís, señora mía,
perdón merece en su error
quien, por tener mucho honor,
tuvo poca cortesía.

ANARDA: ¡Bueno es disculparlo vos!

JUAN: ¿No estoy a hacerlo obligado,

cuando la vida me ha dado?

Sale GERARDO, paje

GERARDO: Su alteza llama a los dos.

GARCÍA: ¿El príncipe?

GERARDO: Veislo allí.

JUAN: No tenéis que alborotaros,
que presto pienso pagaros
lo que habéis hecho por mi.

A las damas

Su alteza a llamarme envía.

ANARDA: Bien es que le obedezcáis.

JUAN: Si el coche, Anarda, tomáis,
dejaros en él querría.

ANARDA: Desde aquí del aire y soto
gozar queremos las dos.

JUAN: Julia, adiós.

JULIA: Don Juan, adiós.

Vase don JUAN

GARCÍA: Perdonad este alboroto,
si puedo esperar perdón
de quien, sólo con mirar
da muerte.

ANARDA: De perdonar
vos me habéis dado lición.

JULIA: ¡Qué bizarro caballero!
Las almas lleva tras sí.

*Sale HERNANDO. Don GARCÍA se encuentra con
él al retirarse y los dos hablan aparte*

GARCÍA: ¿Aquí estás?

HERNANDO: Quise de aqui
ver el suceso primero.

GARCÍA: Quédate, y sabe quién son
esas mujeres.

HERNANDO: ¿Ya estás
herido?

GARCÍA: En ellas verás,
si es bastante la ocasión.

Vase don GARCÍA y HERNANDO se queda en el fondo

GERARDO: El príncipe, mi señor,
que este caso viendo ha estado,
os dice que se ha alegrado
de tener competidor
que a su privado ha querido,
porque os hablaba, ofender;
que dueño debe de ser
quien cela tan atrevido.

ANARDA: Decid, Gerardo, a su alteza
que mostrármese penado
de este susto que me han dado,
fuera más alta fineza
que condenarme a liviana
con tanta resolución,
por sola la información
de una conjetura vana.

Que ya de don Juan sabrá
cuán otra la causa ha sido,
y de haberme así ofendido
el yerro conocerá.

Y porque entienda que yo
no sé a dos favorecer,
le suplico haga prender
al que mi agravio causó.

Id con Dios.

GERARDO: Quede contigo.

Vase GERARDO

JULIA: Yo pensé que merecía
su humildad y cortesía
antes premio que castigo.

Villana estás, por mi fe,
con quien perdón te pidió.
(Préndaos Anarda; que yo,
forastero, os libraré.)

Aparte

ANARDA: ¡Oh, qué mal me has entendido!
¿Ves este enojo y rigor?
Pues ardides son que amor
ha trazado y ha fingido.

JULIA: ¿Quieres al príncipe ya?

ANARDA: Nunca tan necia te vi.
Quien vio el forastero, di,
¿cómo otro dueño querrá?
Aquel bizarro ademán
con que la espada sacó,

el valor con que venció
y dio la vida a don Juan,
la gala, la discreción
en darme disculpa, el modo,
gentileza y talle, todo
me ha robado el corazón.

JULIA: (¡Rabiando estoy de celosa!) **Aparte**

ANARDA: Y así, por volver a verlo,
lo aseguro con prenderlo,
de que se irá temerosa,
porque forastero es.

JULIA: Cuando se apartó de aquí,
al oído hablar le vi
a aquel mancebo que ves.

É; informarte pudiera.

ANARDA: Bien dices: hablarle quiero.

JULIA: (Así ha de ser, forastero, **Aparte**
mi contraria mi tercera.

ANARDA: ¡Ah, caballero!

HERNANDO: (¿Si a mi **Aparte**
caballero me llamó?

¿Tan buen talle tengo yo?)

¿Es a mí, señora?

ANARDA: Sí.

HERNANDO: Extrañé la nueva forma,
cuando me vi caballero,
si bien no soy el primero
que en la corte se trasforma.

Mas son vanas intenciones
cuando con pobreza lidio
que es el dinero el Ovidio
de tales trasformaciones.

Pero si puedo serviros,
dama, sin ser caballero,
mandadme.

ANARDA: Pediros quiero ...

HERNANDO: Pues bien podéis despediros.

¿Para pedirme, decid,
sólo me llamáis las dos?
Animosas sois, por Dios,
las mujeres de Madrid.

Que pida la que se ve
de mí rogada y querida,
¡vaya! Mi amor la convida,
y pues pido, es bien que dé.

Que la mujer que hablo yo
en la iglesia, tienda o calle,
me pida, ¡vaya!, el hablalle
ya por ocasión tomó.

Mas, ¡llamarme, hacerme andar,

y luego pedirme! ¿Es cosa
el dar tan apetitosa,
que he de andar yo para dar?
ANARDA: Lo que pediros intento,
sólo hablar ha de costaros.
HERNANDO: De eso bien me atrevo a daros
cuanto os pinte el pensamiento.
ANARDA: Oíd, pues.
HERNANDO: Decid, señora.
ANARDA: Que me digáis sólo quiero
quién es aquel forastero
que al oído os habló agora.
HERNANDO: Con que vos, señora mia,
antes quién sois me digáis,
os lo diré; y no tengáis
lo que os pido a groscría,
porque sin saber a quién,
decir quién es no conviene
puesto que enemigos tiene.
ANARDA: ¡Qué cauto sois!
HERNANDO: Hago bien;
que en la corte es menester
con este cuidado andar;
que nadie llega a besar
sin intento de morder.
ANARDA: Si así ha de ser, yo me llamo
doña Lucrecia Chacón.
HERNANDO: García Ruiz de Alarcón
es el nombre de mi amo.
ANARDA: ¿Es caballero?
HERNANDO: ¿Tan mal
os informa su apellido?
La Mancha no lo ha tenido
más antiguo y principal.
Y sin el nombre, el sujeto
os pudiera haber mostrado
su calidad.
ANARDA: ¿Es casado?
HERNANDO: No, sino hombre muy discreto.
ANARDA: Déte el cielo buenas nuevas.

*Doña ANARDA habla aparte con doña
JULIA*

JULIA: Disimula. Loca estás.
ANARDA: ¿Qué quieres?
JULIA: Pregunta, mas
sin mostrar el fin que llevas.
ANARDA: ¿Es rico?

HERNANDO: ¡Gracias a Dios
 que llegamos al lugar!
 Si queríades preguntar
 sólo ese punto las dos,
 ¿qué sirve parola vana
 y hablar de falso primero?
 Bien sé que apunta al dinero
 toda aguja cortesana.

ANARDA: Ya no lo quiero saber,
 por mostrar otros cuidados.

HERNANDO: Pues hasta dos mil ducados
 de renta deben de ser
 los que en sus vasallos tiene.

ANARDA: ¿A qué vino a este lugar?

HERNANDO: Ése es mucho preguntar.

ANARDA: Sólo si de espacio viene
 me decid.

HERNANDO: Si no es aquí
 rémora un nuevo cuidado...

ANARDA: ¿Hase acaso enamorado?

HERNANDO: (¿Picaisos?) **Aparte**
 Pienso que sí.

ANARDA: Malas nuevas te dé Dios.

HERNANDO: (Mal disimula quien ama.) **Aparte**

ANARDA: ¿Puede saberse la dama?

HERNANDO: Oso decir que sois vos.

ANARDA: Pues, ¿cuándo me ha visto?

HERNANDO: Ahora.

ANARDA: Y ¿cómo sabéis que aqui
 se ha enamorado de mí?

HERNANDO: Porque sé que os vio, señora.

ANARDA: ¿Lisonjas?

HERNANDO: Verdades son,
 de que tengo algún indicio.

JULIA: Que viene el conde Mauricio.

ANARDA: Pues huyamos la ocasión.

*Sale el CONDE Mauricio y LEONARDO. Se quedan en el
fondo observando a las damas*

LEONARDO: Lince eres en conocellas.

CONDE: Ciega amor y vista da.
 ¿Cúyo criado será
 el que está hablando con ellas?

ANARDA: Tu nombre...

HERNANDO: Hernando es mi nombre.

ANARDA: ¿De qué?

HERNANDO: Hernando, cerrilmente,
 que no le sirve al sirviente

más que el nombre el sobrenombre.
ANARDA: Mucho tu modo me obliga.
Gusto me ha dado tu humor.
HERNANDO: Eso, hablando a lo señor...

***Hablan aparte doña ANARDA y doña
JULIA***

ANARDA: Dile, Julia, que nos siga,
como que sale de ti.
JULIA: (Tu mismo fuego me abrasa.) **Aparte**
Ven a saber nuestra casa,
que he de hablarte.
HERNANDO: Harélo así.

Vanse las damas

¡Pobretilla! ¿Ya me quieres?
Las armas de amor trajimos,
que un hombre a matar venimos,
y hemos muerto dos mujeres.

Vase HERNANDO

LEONARDO: El coche toman. Huyendo
van de ti, señor.
CONDE: Cuidado
me da, Leonardo, el criado.
¿Ves cómo las va siguiendo?
LEONARDO: ¿Qué determinas?
CONDE: Saber
quién es su dueño y su intento,
que amor me forma del viento
mil visiones que temer.

***Vanse el CONDE y LEONARDO. Salen el
PRÍNCIPE, con gabán y ballesta, GARCÍA y don
JUAN***

GARCÍA: Supuesto que obedecer
es forzoso a vuestra alteza,
oya a quien ha ejercitado
más la espada que la lengua.
García Ruiz de Alarcón
es mi nombre, en las fronteras
berberiscas más temido

que conocido en las vuestras.
Vasallos tengo en La Mancha,
que mis pasados heredan
del Zavallos, que a Castilla
abrió de Alarcón las puertas.
En ciñéndome la espada,
fui a serviros a la guerra,
que heredar honra es ventura,
y valor es merecerla.
Callar quiero mis hazañas
pues que la fama os las cuenta,
y en la tierra las escriben
ríos de sangre hagarena.
Habrá, pues, señor, seis años
que en la batalla sangrienta
que tuvimos con los moros
en Jerez de la Frontera,
militó don Juan de Luna,
de cuyos rayos pudiera
el mismo sol envidiar
fuego para sus saetas,
porque su valiente espada
era encendido cometa
que a fuego y sangre amenaza
la berberisco potencia.
Al trabar la escaramuza,
con tan animosa fuerza
las huestes de África embisten,
que las de Castilla afrentan.
Desbaratados los nuestros
olvidaron su soberbia,
y aun volvieron las espaldas,
que esto es verdad, si es vergüenza.
Yo, despachado de ver
tan nunca usada flaqueza,
atajélos con la espada,
castiguélos con la lengua.
O se deba a mis razones,
o al valor de ellos se deba,
corridos los castellanos
repararon la carrera,
y en nuevo Marte encendidos,
revuelven con tal violencia,
que más pareció el huir
artificio que flaqueza.
Vos, señor, al fin vencistes,
que son los reyes planetas,
y las obras del vasallo
se deben a su influencia.
Pues como yo fui la causa

de que los nuestros volvieran,
por autor de la victoria
todo el campo me celebra;
con que en algunos cobardes
la envidia tósigo siembra,
que la pensión de las dichas
es la emulación que engendran.
Juntos pues los envidiosos
a fabricar mis afrentas,
a don Juan de Luna eligen
para el instrumento de ellas.
Sólo en su valor confían,
y en la confianza aciertan,
pues a lo que él se atrevió,
nadie, sin él, se atreviera.
Dícenle, para incitarlo
a la venganza que intentan,
que de su espada y valor
he hablado mal en su ausencia;
que he dicho que las espaldas
suyas fueron las primeras
que vieron los enemigos
en la pasada refriega.
Uno el agravio denuncia,
los otros con él contestan,
y él con falsa información
justamente me condena.
Y estando en corrillo un día
con otros soldados, llega
determinado don Juan,
diciendo de esta manera,
:Yo soy don Juan, cuya luna,
de gloriosos rayos llena,
el honor de mis pasados,
con ser inmenso, acrecienta;
vos habéis dicho de mí
que soy cobarde en la guerra,
sabiendo que en valentía
os venzo, como en nobleza."
"¡Mentís en todo!" le dije;
mas húbelo dicho apenas,
cuando le tiró en un guante
a mi honor una saeta
que si bien no me llegó,
es por la desdicha nuestra
el honor tan delicado,
que del intento se quiebra.
Saqué a vengarme la espada,
y él la suya en su defensa,
que de dos humanos Joves

dos rayos vibrados eran,
y a no impedirnoslo tantos,
no digo yo cuál muriera;
que con ventura se vence,
si con valor se pelea.
Al fin, no pude romper
muros de espadas opuestas,
que aunque el valor las excede,
no las igualan las fuerzas.
Ausentóseme don Juan,
y yo, en sabiendo quién eran
los autores del engaño
de que resultó mi ofensa,
los dos de tres arrojé
al mar desde una galera.
Por las bocas me ofendieron,
y entró la muerte por ellas.
El tercero se ausentó,
y a mí el agravio me lleva
buscando a don Juan de Luna
por varios mares y tierras,
determinado a matar
o morir; y a sus esferas
seis vueltas ha dado el sol
mientras yo al mundo una vuelta.
Supe que estaba en Madrid;
vine, y vilo en la ribera
de Manzanares agora;
embestí a vengar mi afrenta;
vino a los brazos conmigo,
donde al hijo de la tierra
en valor y fuerza excede,
¡pero yo al honor de Tebas!
La daga y brazo levanto
que ardiente furia gobierna,
y él, viendo que ya en el suelo
ningún remedio le queda,
"¡Válgame la Virgen!", dice.
"Valga", digo, y la sentencia
revoco en el breve instante
que al golpe empezado resta.
Este es el caso. Don Juan,
pues he hablado en su presencia,
me puede enmendar agora
lo que mi memoria yerra.

JUAN: Éste, señor, es el caso.
PRÍNCIPE: García-Ruiz de Alarcón,
claras vuestras obras son.
Desde el oriente al ocaso

da envidia vuestra opinión.

Las más ilustres historias
en vuestras altas victorias
el **non plus ultra** han tenido;
mas la que hoy ganáis, ha sido
plus ultra de humanas glorias.

Vuestra dicha es tan extraña,
que quisiera, vive Dios,
más haber hecho la hazaña
que hoy, García, hicistes vos,
que ser príncipe de España.

Porque Alejandro decía
--¡ved cuánto lo encarecía!--
que más ufano quedaba
si un rendido perdonaba,
que si un imperio rendía;

que en los pechos valerosos,
bastantes por sí a emprender
los casos dificultosos,
el alcanzar y vencer
consiste en ser venturosos;
mas en que un hombre perdona,
viéndose ya vencedor,
a quien le quitó el honor,
nada la Fortuna pone;
todo se debe al valor.

Si vos de matar, García,
tanta costumbre tenéis,
matar, ¿qué hazaña sería?
Vuestra mayor valentía
viene a ser que no matéis.

En vencer está la gloria,
no en matar, que es vil acción
seguir la airada pasión,
y deslustre la vitoria
la villana ejecución.

Quien venció, pudo dar muerte,
pero quien mató no es cierto
que pudo vencer; que es suerte
que le sucede al más fuerte
sin ser vencido, ser muerto.

Y así no os puede negar
quien más pretenda morder,
que más honra os vino a dar
el vencer y no matar,
que el matar y no vencer.

Dar la muerte al enemigo
de temerlo es argumento;
despreciarlo es más castigo,
pues que vive a ser testigo

contra sí del vencimiento.

La vitoria el matador
abrevia, y el que ha sabido
perdonar, la hace mayor,
pues mientras vive el vencido,
venciendo está el vencedor.

Y más donde a cobardía
no puede la emulación
interpretar el perdón,
pues tiene el mundo, Carcía,
de vos tal satisfacción.

Dadme los brazos.

GARCÍA: Señor,
con que a vuestros pies me abaje
premiáis mi hazaña mayor.

PRÍNCIPE: Ésos pide el vasallaje,
y esotros debo al valor.

GARCÍA: Como rey sabéis honrar.

PRÍNCIPE: Alzad, Alarcón, del suelo,
que en el suelo no ha de estar
quien ha sabido obligar
la misma reina del cielo.

Y que pago considero
por libranza suya a vos
las honras que daros quiero,
que es el rey un tesorero
que tiene en la tierra Dios.

Abrázale

Libre de,ser derribado
ahora me juzgo yo,
que bien seré sustentado
de un brazo a quien, levantado,
tal furia no derribó.

Y así, en mi casa, García,
os quedad. Desde este día
andemos juntos los dos,
que quiero aprender de vos
la piedad y valentía.

Gentilhombre de mi boca
os hago.

GARCÍA: Dadme esos pies.

PRÍNCIPE: El servirme de vos es
para vos merced muy poca,
porque es mi propio interés.

Y yo no pretendo hacer
de esto premio o beneficio,
porque el cargo ni el oficio

no premia al que ha menester
el rey para su servicio.
El un hábito escoged
de los tres.

GARCÍA: ¿Cuándo, señor,
serviré tanta merced?

Arrodíllase don JUAN

PRÍNCIPE: Aquesto a vuestro valor,
y no a mí, lo agradeced.
Lo mucho que habéis servido,
el hábito manifiesta.
Pues ¿qué merced habrá sido
la que a mí nada me cuesta,
y vos habéis merecido?

JUAN: ¿Por qué estás, don Juan, así?
Estas honras que le das
a García Ruiz, por mí
agradezco.

PRÍNCIPE: Debo más
a quien hoy me ha dado a ti.
A pagarle me apercibo
esta vida con que vivo,
en la que hoy, don Juan, te dio;
que eres, amigo, otro yo,
y en ti la vida recibo.

JUAN: A todos sabes honrar.

Sale GERARDO

PRÍNCIPE: ¿Qué hay, Gerardo?

GERARDO: A vuestra Alteza
aparte quisiera hablar.

*Desvíase el PRÍNCIPE con GERARDO, y
hablan aparte GARCÍA y don JUAN*

JUAN: Merece vuestra nobleza
tan soberano lugar.

GARCÍA: Un deudor en mí tenéis
de las honras que hoy recibo.

JUAN: Cuando a merced vuestra vivo,
nada deberle podéis
por ley a vuestro cautivo.
Mas donde el sujeto es tal,
no tanto estiméis que aplique

el ánimo liberal
el príncipe don Enrique
a haceros merced igual;
porque en su real persona
puso el cielo tal nobleza,
benignidad y largueza,
que hoy os diera su corona,
a tenerla en la cabeza.

PRÍNCIPE: (Confuso estoy. ¿Qué he de hacer? **Aparte**

¿Al que tanto agora honré
tengo al punto de prender?

Pues dejar de obedecer
a Anarda, ¿cómo podré?

¡Oh, fuero de amor injusto!

¿A tan heroico varón
hacer tal agravio es usto,
por solo el liviano gusto,
de una mujer sin razón?

Pero prenderlo, ¿qué importa,
si luego le he de soltar,
y a mí me viene a librar
su prisión liviana y corta
de un largo enojo y pesar?

Pero tengo por mejor,
por mostrarme poco amante
sufrir de Anarda el rigor,
que dar nota de inconstante
a un hombre de tal valor.

Mas si la causa le digo,
bien disculpará el efeto...
No me tendrá por discreto,
si aun no empieza a ser mi amigo
cuando le fío un secreto.

Mas ya sé lo que he de hacer.)
Vedme esta noche, García.

GARCÍA: Vuestro soy.

PRÍNCIPE: Habéis de ver
a mi padre; que poner
vuestra persona querría
en el estado que cuadre
al valor que en vos se ve.

GARCÍA: Con serviros lo tendré.

PRÍNCIPE: Esta noche, de mi padre
el hábito alcanzaré.

Vase el PRÍNCIPE

JUAN: Ya con él os miro yo,
que el rey don Juan a su alteza

nada jamás le negó;
que de su padre heredó
el príncipe la largueza.

Vase don JUAN

GARCÍA: En mar sangriento de cruel venganza,
de rabia, de ira y de coraje lleno,
corrí tormenta, de esperanza ajeno
de llegar en mi estado a ver bonanza;
y un súbito accidente, una mudanza
el pecho libra del mortal veneno,
y el que en mi agravio a mi furor condeno,
en el perdón produce mi esperanza.
No la privanza me movió futura,
que Fortuna en sus obras desiguales
no hace de los méritos memoria;
mas debo a mi piedad esta ventura,
y por lo menos en hazañas tales
de la gentil acción queda la gloria.

*Vase don GARCÍA. Salen HERNANDO, con capa y
sombbrero viejo, e INÉS*

HERNANDO: Tu nombre saber deseo.

INÉS: Inés.

HERNANDO: Decirte podré,
según en mí no sé
qué siento después que te veo,
"Un poco te quiero, Inés."

INÉS: A lo menos no dirás,
pues que ya dicho lo has,
"Yo te lo diré después."

HERNANDO: La lengua en amor osada
es más dichosa y más cuerda,
porque la mula que es lerda
tarde llega a la posada.
Enfermo es quien tiene amor,
y es el doctor el amado.
Pues, ¿cómo será curado
quien su mal calla al doctor?

Salen el CONDE y LEONARDO, de noche

LEONARDO: Ocupada está la puerta.

CONDE: Reconocer determino...

LEONARDO: El celoso desatino

tus acciones desconcierta.
CONDE: No me repliques. ¿Quién es?
INÉS: (Éste es el conde.) **Aparte**
Inés soy,
que gozando el fresco estoy.
CONDE: No hablo contigo, Inés,
sino con aquese hidalgo.
INÉS: Un soldado es que llegó,
como a la puerta me vio,
a pedir por Dios.
HERNANDO: Dad algo
para pagar la posada,
caballeros, a un soldado
desvergonzante y honrado,
que trae la pierna colgada
y tiene un brazo torcido,
por amor de...
LEONARDO: Perdonad.
HERNANDO: Miren la necesidad
con que por Dios se lo pido.
CONDE: ¿Queréis no ser majadero?
HERNANDO: ¿Así a un pobre se responde?
(¿Éste es conde? Sí; éste esconde **Aparte**
la calidad y el dinero.)

Vase HERNANDO

CONDE: Hermana Inés, no concierta
con el honor de esta casa
ver, quien a tal hora pasa,
hombres hablando a su puerta.
INÉS: Un mendigo remendado
que por Dios llega a pedir,
¿qué puede dar que decir?
CONDE: Un tercero, disfrazado
de mendigo, busca así
la ocasión a su mensaje;
y a estas horas el mal traje
no se ve, y el hombre sí,
y a estar vos, como es razón,
encerrada en vuestra casa,
al mendigo y al que pasa
quitárades la ocasión.
INÉS: No sé yo, por vida mía,
desde cuándo acá o por dónde
le ha tocado, señor conde,
el cargo a vueseñoria
de alcaide o de guardadamas
de esta casa. ¿Qué marido,

padre o galán admitido
es de alguna de mis amas,
para que las guarde así?
CONDE: ¡Vive el cielo, que a no ser
de aquesta casa y mujer!...
LEONARDO: Calla. Inés, ¿estás en ti?
¿Asi te atreves al conde?
INÉS: Y al mismo rey me atreviera,
si tanta ocasión me diera.
Quien por su dueño responde
se atreve muy justamente.
Pero yo le diré a Anarda
que el conde su puerta guarda,
para que el remedio intente.

Vase INÉS

LEONARDO: Perdido vas.
CONDE: Tal estoy
de celoso y desdeñado,
que ya, de desesperado,
en nuevos intentos doy.
Ya que no puedo obligar,
vengarme sólo deseo,
que estas visiones que veo,
la materia me han de dar.
El mozo que hoy en el río
las habló y siguió después;
hallar a la puerta a Inés
y hablarme con tanto brio;
de Anarda el airado ceño
hoy, porque al coche llegué,
todo dice, o nada sé,
que esta casa tiene dueño.
LEONARDO: ¿Eso dudas?
CONDE: De inquirirlo
y darles pesares trato.
LEONARDO: No le saldrá muy barato,
si tú das en perseguirlo,
al pobre amante el favor.
CONDE: Tenga disgustos al peso
que los tengo.
LEONARDO: Para eso
te hizo Dios tan gran señor.
Páguela quien te la hiciera.
CONDE: Bien es para tales hechos
vestir de acero los pechos.
LEONARDO: Quien dar pesadumbres quiere,
ha de vivir con cuidado.

CONDE: Vamos por armas; que el día
ha de hallarme aquí en espía,
Leonardo, hasta ser vengado.

*Vanse el CONDE y LEONARDO. Salen GARCÍA y
HERNANDO, de noche*

GARCÍA: Prosigue.

HERNANDO: Llegóse a mí
el dicho conde Mauricio,
como ve que sigo el coche,
y preguntame a quién sirvo.
Digo que a nadie. Él replica
de dónde soy conocido
de aquellas damas que hablaba,
y por qué ocasión las sigo.
Que ni sigo ni conozco,
le respondo y certifico.
"Pues no os tope yo otra vez
a vista del coche," dijo,
"o a palos haré mataros."
Yo me aparto, y a un mendigo,
que limosna entre los coches
pidiendo andaba en el río,
mi capa y sombrero doy,
y estos andrajos le pido,
con que, si me ves de día,
oso engañarte a ti mismo.
Con esto, y con que la noche
también ayuda nos hizo,
las seguí, y entré en su casa,
de que somos tan vecinos,
que es ésta que estás mirando,
cuyo soberbio edificio
avaramente publica
los tesoros escondidos.
Hablé con ellas, y al fin,
la que ser Lucrecia dijo
me dio de tenerte amor,
si honestos, claros indicios.
Pregunta tu casa, y yo
con decirla me despido.
De mi humor dicen que gustan,
mas yo, que a tu amor lo aplico,
me di al disfrazado brindis
de "a más ver" por entendido.
A Inés, secretaria suya,
mandan que salga conmigo
hasta dejarme en la calle,

cosa bien fuera de estilo,
pero no de la intención,
que presumo y averiguo.
Que fue porque yo de Inés
me informase en el camino
de lo que ellas me negaron,
lance de amor conocido.
Supe que era el nombre Anarda,
y Girón el apellido
de la que doña Lucrecia
Chacón nombrarse me dijo.
La otra es su prima, Julia
su nombre, y un viejo tío
es el curador y el Argos
de estas dos huérfanas Íos,
ambas por casar, y tienen
dos mayorazgos muy ricos
con que puede hacer dichoso
cada cual a su marido.
Ciertas esperanzas mías
dieron con esto en vacío,
y a Inés, envuelta en donaires,
una flecha de amor tiro.
Llegamos así a la puerta,
donde con celoso brío
se llegó a reconocirme,
determinado, Mauricio.
Dice que un mendigo soy
Inés; yo finjolo al vivo.
Él responde, "No hay qué daros."
Yo a fuer de pobre porfío.
Enfadóse, fuime, halléte
en la posada, salimos,
las mercedes me contaste,
que hoy el príncipe te hizo.
Llegamos aquí, paramos...
Con que en breve suma he dicho
cuanto he hecho desde el punto
que me dejaste en el río.

GARCÍA: De los favores de Anarda
y los celos de Mauricio
me forman los pensamientos
un confuso laberinto.
Hernando, perdido estoy.
No sé qué poder divino
tiene Anarda, que en un punto
me arrebató los sentidos.
Tal estoy que no me alegran
los favores que hoy me hizo
su alteza; que los de Anarda

sólo quiero y sólo estimo.
Juzga pues cuál me tendrán
las licencias de Mauricio;
que mucho tiene de dueño
quien cela tan atrevido.

HERNANDO: Advierte que a una ventana
dos personas han salido.

Salen doña ANARDA e INÉS, a la ventana

ANARDA: Dos son.

INÉS: El conde y Leonardo
siguen el intento mismo.

ANARDA: ¿Es el conde?

GARCÍA: El conde soy.

(A mi muerte me apercibo; **Aparte**
pero venid, desengaño,
que cuanto os temo os estimo.)

A HERNANDO

Aparta; que las verdades
de amor no quieren testigos,
y saber éstas deseo.

HERNANDO: A esa esquina me retiro.

Vase HERNANDO

ANARDA: Conde, a vuestro atrevimiento
y grosera demasía,
ni conviene cortesía,
ni es cordura el sufrimiento.
¿En qué favor fundamento
el guardarme así ha tenido?
A quien nunca fue admitido
pretendiente ni galán,
decid. ¿Qué leyes le dan
las licencias de marido?
Si con tanta libertad
guardáis mi puerta y mi calle,
¿quién hará al vulgo que calle,
o estime mi honestidad?
Si bien me queréis, mirad
mi fama y reputación,
que es forzosa obligación
que al bien amar corresponde.

Salen el CONDE y LEONARDO, armados

ANARDA: Y si no me queréis, conde,
dejadme en este rincón.

El CONDE escucha a doña ANARDA

Y si os pretendéis vengar
con eso de mi desdén,
sabed que el no querer bien
no ofende, ni obliga a amar;
que inclinar o no inclinar
sólo lo puede el Amor.
Y si el veros tan señor
esfuerza vuestra malicia,
el rey sabe hacer justicia,
y yo sé tener valor.

Retúranse doña ANARDA e INÉS

CONDE: (Huélgome que no soy yo **Aparte**
solamente el desdeñado.)
GARCÍA: (La vida mi amor ha hallado **Aparte**
donde la muerte esperó.)
CONDE: (Pobre amante!) **Aparte**

LEONARDO habla aparte con el CONDE

LEONARDO: ¿Muere, o no?
CONDE: Viva, pues vive penando.

HERNANDO llégase a su amo, y hablan aparte

HERNANDO: ¿Qué tenemos?
GARCÍA: Vida, Hernando:
el conde muere.
HERNANDO: Con esto,
¿cenaremos?
GARCÍA: Vamos presto,
que está el príncipe esperando.

Vanse don GARCÍA y HERNANDO

CONDE: Sospecho que no hago bien,

Leonardo, en no conocello.
Si es mi igual, sacaré de ello
el consuelo a mi desdén,
y a lo menos sabré quién
no ha de causarme cuidado.
Vamos tras él.

LEONARDO: Acosado
toro embestimos, señor;
que aun sospecho que es peor
un amante desdeñado.

Vanse todos

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

*Salen el PRÍNCIPE, don GARCÍA, don
JUAN, GERARDO y HERNANDO, de noche*

PRÍNCIPE: De lo que el rey os ha honrado,
que me deis gracias no es bien,
Alarcón, mas parabién,
pues tanto gusto me ha dado.

GARCÍA: Vuestro soy.

PRÍNCIPE: Decid amigo;
mostrarlo puede el efeto,
pues mi más alto secreto
a declararos me obligo.
No me tengáis por liviano
por mostraros presto el pecho,
porque estoy muy satisfecho
que con vos nunca es temprano.

Y así justamente digo
que os puedo dar parte de él;
que ha mucho que sois fiel,
si ha poco que sois amigo.

Mas pues quiero daros hoy
la llave del alma mía
de mi cámara , García,

también con ella os la doy.
GARCÍA: No sólo no he de poder
serviros merced tan alta,
mas aun a la lengua falta
el modo de agradecer.
PRÍNCIPE: Alzad.
JUAN: Los brazos os doy,
alegre de que su alteza
honre así vuestra nobleza.
GARCÍA: Sois mi amigo, y vuestro soy.
JUAN: A vuestra alteza, señor,
los pies beso agradecido,
pues honra tanto al vencido
cuanto honrare al vencedor.
PRÍNCIPE: Bien, don Juan, sabéis mostrar
vuestro hidalgo corazón,
pues no os causa emulación
la competencia en privar.
Y con eso ganáis tanto,
que en mi gracia os levantáis
al paso que os alegráis
de lo que a Alarcón levanto.
No por su privanza viene
mi amor a menos con vos,
porque es el rey como Dios,
que muchos privados tiene.
Y así cuanto estas acciones
muestran en vos más valor
tanto a vuestro vencedor
tengo más obligaciones.
Que cuando no le pagara
la vida que en vos me dio,
porque a tal hombre venció,
con justa razón le honrara.
GARCÍA: A la esperanza, señor,
vuestros favores exceden.
PRÍNCIPE: Esos criados se queden.
JUAN: El príncipe, mi señor,
manda que os quedéis.

***Vase GERARDO. Don GARCÍA habla aparte con
HERNANDO***

GARCÍA: Hernando,
en nuestra calle me aguarda,
y mientras no voy, a Anarda
te encargo.
HERNANDO: ¿Estaré velando?
GARCÍA: Nunca tan necio has estado.

HERNANDO: ¿Y dormir?
GARCÍA: Dormir de día.

*Vanse el PRÍNCIPE, don GARCÍA y don
JUAN*

HERNANDO: Temprano, por vida mía,
 en el uso hemos entrado
 alto. ¡Somos de palacio!
Trasnochar, ir a dormir
al amanecer, vivir
de prisa, y morir de espacio,
 si el cielo no lo remedia.
La sátira encaja aquí,
 mas no ha de haber cosa en mi
de lacayo de comedia.
 ¡Cuál a la corte pusiera
algún poeta, si el caso
y el lacayo en este paso
de la comedia tuviera!
 ¡Cuál pusiera yo a su alteza!
¡Qué libremente le hablara;
y qué poco respetara
su poder y su grandeza!
 Luego me apartara de ellos,
cuando a graves cosas van
él y mi amo y don Juan.
¡Mal año! Por los cabellos
 de otra parte me trajera,
y en todo el caso me hallara,
que el príncipe aun no fiara
quizá a los dos, si pudiera.
 Y estando en lo más famoso,
grave, fuerte y apretado,
saliera el señor criado
con un cuento muy mohoso,
 o una fábula pueril
de la zorra y el león,
y la más alta cuestión
concluyera un hombre vil.
 No, no. El criado, servir;
con el rey, la gente grave;
aconsejar, el que sabe,
y el que predica, reñir.

*Vase HERNANDO. Salen el PRÍNCIPE, don
GARCÍA y don JUAN*

PRÍNCIPE: Pensé que un pecho tan fuerte
como el vuestro, triunfaría
del amor tierno, García.

GARCÍA: Igual amor a la muerte.

PRÍNCIPE: Militares embarazos
a muchos de él defendieron.

GARCÍA: Al dios Marte no valieron
contra los venéreos lazos.

PRÍNCIPE: ¿No os admirará en efeto
deciros que amo, García?

GARCÍA: No, porque ya lo sabía.

PRÍNCIPE: ¿Cómo?

GARCÍA: Sé que sois discreto.

PRÍNCIPE: ¡Qué bien sabéis consolar!

JUAN: Es su consecuencia clara,
puesto que amor se compara
a la piedra de amolar,
en que el más agudo acero
da a sus filos perfección.

PRÍNCIPE: Ésta es la calle, Alarcón,
en que vive por quien muero.

GARCÍA: (¿Qué es esto? Ya el niño Amor **Aparte**
de estas sombras se acobarda,
y la hermosura de Anarda
hace, cierto mi temor.)

PRÍNCIPE: Ésta es la casa.

GARCÍA: (¡Ay de mí!) **Aparte**

PRÍNCIPE: ¡Haz la seña! Mas detente;
que el recato es conveniente,
y pienso que hay gente allí.

JUAN: La calle despejaré.

PRÍNCIPE: Tú no; que presumirán,
si eres la flecha, don Juan,
que soy soy quien la tiré.
Vaya Alarcón.

GARCÍA: Voy, señor.

PRÍNCIPE: En esta esquina os espero.

Vanse el PRÍNCIPE y don JUAN

GARCÍA: ¿Para qué, Fortuna, quiero
con tal pensión tu favor?
¿De qué sirve la privanza?
Mercedes y honras, ¿de qué?
Todas te las trocaré
a esta perdida esperanza.
¡Cuál iba yo, viento en popa!
Fortuna, ya te entendí;
que con más ímpetu así

la nave en la peña topa.

El fin traidor has mostrado
con que en levantarme das;
que para que sienta más,
me has hecho más delicado.

Dándome honrosos despojos
llegas con rostro de paz,
por arrojarme el agraz
en las niñas de los ojos.

¿Qué es privanza, qué es honor,
qué es la vitoriosa palma,
si en lo más vivo del alma
ejecutas tu rigor?

Hoy la mayor alegría
y el mayor pesar me has dado.
De dichoso y desdichado
soy ejemplo en solo un día.

Pero quizá Anarda bella
no tiene al príncipe amor.
¿Qué importa? Él es mi señor,
y tiene su amor en ella.

No tocan a la lealtad
las ofensas de quien ama;
mas ya su amigo me llama
y me obliga la amistad.

¿De qué sutiles razones,
deseo, os queréis valer?
¿Alarcón ha de poner
la lealtad en opiniones?

Deseo, o morid en mí,
o matad conmigo a vos,
porque o vos o ambos a dos
hemos de morir aquí.

Llegad, corazón fiel;
venza al Amor la lealtad;
el paso al cielo allanad
a quien os derriba de él.

*Sale HERNANDO, huyendo, y tras él el CONDE y
LEONARDO*

HERNANDO: A no ser tantos, yo sé
si me causaran temor.

GARCÍA: ¿Es Hernando?

HERNANDO: ¿Es mi señor?

GARCÍA: ¿Qué ha sido?

HERNANDO: Desde que entré
en aquesta calle a hacer
lo que me has encomendado,

los de esa cuadrilla han dado
en que me han de conocer.

Porque no me descubrí,
dieron tras mi a cuchilladas,
y mil montantes y espadas
llovió el cielo sobre mí.

GARCÍA: Dos solos diviso yo.

HERNANDO: ¿Dos?

GARCÍA: No más.

HERNANDO: ¿Pues no habrá más?

GARCÍA: ¡Qué trocado, Hernando, estás!
¿Ya tu valor se acabó?

HERNANDO: Tantos son dos como mil
contra aquel que solo está.

GARCÍA: ¿Y quién será?

HERNANDO: ¿Quién será
sino quien hecho alguacil
nos reconoció, señor?

GARCÍA: ¿El conde Mauricio?

HERNANDO: El conde.

GARCÍA: Aquí, si mal me responde,
me conocerá mejor.

Llégase al CONDE

Si acaso algunas mercedes
alcanza la cortesía,
por ella, hidalgos, querría
poder con vuestas mercedes
que den lugar por un rato
a cierto amante secreto,
que debe al alto sujeto
de su amor este recato,
que él les dejará después
toda la noche la calle.

El CONDE habla aparte con LEONARDO

CONDE: Éste, en la voz y en el talle
es García-Ruiz.

LEONARDO: Él es.

CONDE: (¡Pues a buen puerto ha llegado!) **Aparte**

Vos pedis bien justa cosa,
pero muy dificultosa;
que soy ministro, y mandado
de un superior en mi oficio,
que de aquí no haga ausencia,
para cierta diligencia

que importa al real servicio.
A mí me pesa por cierto
de no poderos servir,
pero que no he de impedir
vuestros amores advierto,
porque callar os prometo;
demás de que es caso llano
que de la justicia es vano
querer encubrir secreto;
que al sol nada se le esconde.

HERNANDO habla aparte con don GARCÍA

HERNANDO: Él prosigue su artificio.
GARCÍA: ¿Estás cierto en que es Mauricio?
HERNANDO: Digo, señor, que es el Conde.
GARCÍA: Hidalgo, o seáis justicia
y aquí negocios tengáis,
o ser ministro finjáis
con cautelosa malicia,
lo que pido haced, que es justo.
CONDE: Que no puedo he dicho va.
GARCÍA: Ya en conseguirlo me va
más reputación que gusto;
porque quien llega a pedir
lo que no es justo negar,
no deja elección al dar,
y se obliga a conseguir.
CONDE: ¿Qué queréis decir con eso?
GARCÍA: ¿Aun no lo habéis entendido?
Que habéis de hacer lo que os pido,
o obligarme a algún exceso.
CONDE: No os arresguéis a un gran daño,
por la que, según entiendo,
no os quiere.
GARCÍA: Yo estoy pidiendo
lugar, y no desengaño.
Esto haced, y no os metáis
en consejos, ni mostréis
que conocido me habéis,
porque a mucho me obligáis.
CONDE: Que os conozca o no, os prometo
que es imposible dejaros
la calle sola.
GARCÍA: ¿En estaros
os resolvéis en efeto?
CONDE: Aquí me ha de hallar el día.
GARCÍA: Pues procedéis tan grosero,
podrá con vos el acero

lo que no la cortesía.

Sacan todos las espadas y riñen

HERNANDO: ¡Pese a tal! Agora sí
me entenderé yo con vos,
que nos vemos dos a dos.
¡Broquelicos para mí!

CONDE: Herido estoy.

GARCÍA: Yo me holgara,
sin heriros, de obligaros;
mas a vos podéis culparos.

CONDE: La fuerza me desampara.
Sin duda es mortal la herida.

GARCÍA: Que me pesa, sabe Dios.

A HERNANDO, que riñe con LEONARDO

¡Tente!

AI CONDE

Yo fuera con vos
cuidando de vuestra vida,
a poder faltar de aquí.

CONDE: Indicios de noble dais.

GARCÍA: Por mucho que lo seáis,
con igual pecho os herí.

LEONARDO: ¡Ah! ¡Pese a quien me parió!

*Vanse LEONARDO y el CONDE. Salen el
PRÍNCIPE y don JUAN, alborotados*

PRÍNCIPE: En la vida de García
se arriesga, don Juan, la mía.

JUAN: ¿No basta que vaya yo?

PRÍNCIPE: No basta, que no sabemos
cuántos los contrarios son.

JUAN: Yo soy Luna, él Alarcón,
que por un millón valemos.
Mas pienso que viene aquí.

PRÍNCIPE: García.

GARCÍA: Señor.

PRÍNCIPE: ¿Qué ha sido...?

GARCÍA: ¿Qué, señor?

PRÍNCIPE: ¿Ese rüido

de cuchilladas que oí?
GARCÍA: Lo que fue, que no fue nada,
después, señor, lo diré.
Agora, pues que se ve
la calle desocupada,
logre el tiempo vuestra alteza.

***Don GARCÍA habla aparte con
HERNANDO***

En casa me espera, Hernando.
HERNANDO: ¡Vive Dios que estov temblando
GARCÍA: Nunca has mostrado flaqueza
sino en la corte.
HERNANDO: Señor,
tú dices que nada ha sido
haber a Mauricio herido,
y puedes; que en el amor
del príncipe estás fiado;
mas a mí el pesar me ahoga;
que sé que siempre la sogá
quiebra por lo más delgado.
GARCÍA: De tu temor me avergüenzo.
HERNANDO: Hay alcalde que de balde,
por sólo hacer del alcalde,
me pondrá de San Lorenzo.
GARCÍA: Antes a mí me mataran;
que a los ingratos no imito,
que animan para el delito,
y en la pena desamparan.
Vete, y duerme descuidado.

Entre tanto hace la seña don JUAN

HERNANDO: ¿A qué no obliga tu amor?
Bien dicen que el buen señor
es quien hace buen criado.

Vase HERNANDO

PRÍNCIPE: ¿Si habrán oído?

Sale INÉS, a la ventana

JUAN: Ya están
a la ventana.
INÉS: ¿Quién es?

PRÍNCIPE: Inés, parece.
JUAN: ¿Es Inés?
INÉS: ¿Quién lo pregunta?
JUAN: Don Juan.
A Anarda le di que está
su alteza aguardando aquí.
PRÍNCIPE: Sin esperanza, le di.

*Quítase INÉS de la
ventana*

¡Válgame Dios! ¿Si saldrá?
Decidme que sí, y con eso
no me matará el temor.
JUAN: Yo tuviera por mejor
prometerte el mal suceso,
y así tendrás más colmado,
si Anarda sale, el contento;
y si no, será el tormento
mucho menor, esperado.
GARCÍA: (¡Ah, Dios! ¡Qué dulce esperanza **Aparte**
gané y perdi en solo un día!
¡Qué propia ventura mía
en la ligera mudanza!
Pero quizá... ¡No hay quizá!
"Haced", el príncipe dijo,
"la seña", de que colijo
que es dueño de Anarda ya;
que amistad hay asentada
donde hay seña conocida,
y pues tan presto fue oída,
bien se ve que fue esperada.

*Salen doña ANARDA y doña JULIA, a la
ventana. Las dos hablan aparte*

ANARDA: Yo salgo, ésta es la verdad,
por el forastero, prima;
que su prisión me lastima,
si temo su libertad.
JULIA: ¡Qué perdida estás!
ANARDA: De amor
hasta agora no he sabido.
JULIA: Tarde, mas bien, te ha cogido.
(Sabe Dios que estoy peor.) **Aparte**
ANARDA: ¡Ah, caballero!
PRÍNCIPE: Señora,
¿Sois Anarda?

ANARDA: Anarda soy.
PRÍNCIPE: Perdonad, mi bien, si os doy
aqueste disgusto ahora,
impidiendo el venturoso
sueño, que ocupando estaba,
por el descanso que os daba
en cambio, ese cuerpo hermoso;
que tanto el susto he sentido,
que hoy en el río tuvistes,
que hasta ver cómo volvistes,
volver en mí no he podido.
¿Cómo estáis? ¿Quitóse ya
aquel alboroto?

ANARDA: En mí
nunca, príncipe, sentí
lo que de entonces acá;
que hizo en mí tal impresión
el forastero atrevido,
que presente lo he tenido
siempre en la imaginación.

GARCIA: (¡Ah, Dios! ¡Si fuese de amor!) **Aparte**
ANARDA: Mas lo que me ha sosegado
es pensar que aprisionado,
como os supliqué, señor,
lo tenéis, para que así
no se vaya sin pagarme.

GARCÍA: (No es este efecto de amarme. **Aparte**
Ya de mi engaño salí.
Cuanto de mí se informó,
fue por trazar su venganza,
y mi engañosa esperanza
a favor lo atribuyó.)

PRÍNCIPE: De un yerro que cometi
contra vos, hermosa Anarda,
mi amor el perdón aguarda.

ANARDA: ¿Cómo?
PRÍNCIPE: No os obedecí.
ANARDA: ¿Luego sin pena quedó
el forastero atrevido?

PRÍNCIPE: Y aun con premio bien debido
las nuevas que me dio.

ANARDA: (¡Ay de mí!) **Aparte**
JULIA: (¡Perdida soy!) **Aparte**
ANARDA: ¿Ésa es la fe y la fineza
que le debí a vuestra alteza?
Bien desengañada estoy.
¡La primer cosa que pido,
en que estribaba mi gusto,
y más cuando era tan justo
castigar a un atrevido,

no he podido merecer!
PRÍNCIPE: Vos lo causastes, por Dios,
porque a vos sólo por vos
dejara de obedecer;
que como ser entendí
vos causa de aquel exceso,
con que tan fuera de seso
de pena y celos me vi,
quedé de gusto tan loco
con saber que me engañé,
que para albricias juzgué
ser todo mi reino poco.
ANARDA: Obedecer es fineza.
(Muerta soy, si se ausentó.) **Aparte**
Señor, mi tío tosió.
Perdóneme vuestra alteza,
que su recato y rigor
me prohíbe este lugar.
PRÍNCIPE: Primero habéis de escuchar
el descargo de mi error;
que para que no culpéis
del todo mi inobediencia,
lo traigo a vuestra presencia
a que vos lo castiguéis.
ANARDA: ¿Qué decís?
PRÍNCIPE: Que traigo aquí
al forastero conmigo,
sujeto a vuestro castigo.
ANARDA: Aun podré pensar así
que habéis mi gusto estimado.
GARCÍA: (En fin, ¿que perdón no espero **Aparte**
de un error de forastero
y de un furor de agraviado?)
PRÍNCIPE: Perdonad, por vida mía,
pues lo conoce, su error.
ANARDA: Cuando no al intercesor,
a su humildad se debía.
PRÍNCIPE: Pues con eso, dueño mío,
os obedezco en dejaros.
ANARDA: Bien podéis, señor, estaros;
que ya no tose mi tío.
PRÍNCIPE: ¿Cómo es posible que tanto
favor haya yo alcanzado?
ANARDA: (La fiesta habéis celebrado; **Aparte**
mas habéis errado el santo.)
GARCÍA: (Que tiene al príncipe amor, **Aparte**
bien claramente se ve.
¡Más necio yo! ¿Qué esperé,
si es tal el competidor?)
PRÍNCIPE: ¿Cómo, Julia, no me dais

el parabién del favor?
JULIA: Por no impediros, señor,
cuando de Anarda gozáis.
JUAN: A lo menos, por no dar
con su voz gloria a mi oído.
JULIA: Siempre, don Juan, habéis sido
desconfiado en amar.
JUAN: Eso tengo de discreto;
y adiós, ingrata. Pluguiera
que otra causa no tuviera
un tan desdichado efeto.
GARCÍA: (Los dos aman a las dos. **Aparte**
con tal liga y artificio
seguro va el edificio.)
ANARDA: ¿Cómo trajistes con vos
al forastero, señor?
A quien mañana se irá,
¿tan fácilmente se da
noticia de nuestro amor?

*Doña ANARDA habla aparte con doña
JULIA*

Así le pregunto, prima,
del forastero el estado.
JULIA: ¡Qué bien tu intento has guiado!
PRÍNCIPE: No os tengo en tan poca estima,
que lo que os ama mi pecho
tan fácil le haya fiado.
En mi servicio ha quedado.
De mi cámara lo he hecho.
ANARDA: ¡Ah, Julia! ¡Dichosa soy!
JULIA: Déjame, no me diviertas
de don Juan. (Sin que me adviertas, **Aparte**
atenta a mi dicha estoy.)
GARCÍA: Gente viene.
PRÍNCIPE: Anarda, adiós,
que miro por vuestra fama.
ANARDA: Así obliga quien bien ama.
JUAN: Adiós.
JULIA: Él vaya con vos.
ANARDA: Caballero forastero,
de que os quedéis en palacio
con el príncipe, de espacio
el parabién daros quiero.
GARCÍA: Ya con eso lo recibo.

Vanse las damas

PRÍNCIPE: Sin duda ha estado, García,
en vuestra dicha la mía;
que nunca en el pecho esquivo
de Anarda, señal de amor,
como aquesta noche, vi.

GARCÍA: (¿Mas si fuese para mí, **Aparte**
sobrescrito a ti el favor?)

PRÍNCIPE: "Bien podéis, señor, estaros,"
dijo, queriendo partirme.

JUAN: De que paga tu amor firme
ha dado indicios bien claros.

GARCÍA: (Cuando el príncipe le dijo **Aparte**
que estaba presente yo,
gusto de estarse mostró.
Con justa razón colijo,
pues antes irse quería,
que yo su rémora he sido.
Nueva esperanza ha nacido
de la ya ceniza fría.)

PRÍNCIPE: Agora podéis contar,
García Ruiz, lo que fue
aquel rüido.

GARCÍA: Llegué,
pedi que diesen lugar
a un amante; no quisieron,
por más que rogué importuno;
saqué la espada, herí al uno,
y con aquello se fueron.

PRÍNCIPE: Mal hiciste. Cuando envío,
Alarcón, a despejar,
es por bien; no ha de costar
sangre de vasallo mio.

GARCÍA: No quiso por bien.

PRÍNCIPE: Dejallo.

GARCÍA: El gusto vuestro estorbaba.

PRÍNCIPE: Menos mi gusto importaba
que la salud de un vasallo.

GARCÍA: Yo erré por ser obediente.

PRÍNCIPE: Cerca estaba yo; volver
y tomar mi parecer.
Quien sirve ha de ser prudente.

Vanse el PRÍNCIPE y don JUAN

GARCÍA: ¿En servir hay esta vida?
¿Esta gloria en la privanza?
¿En tan ligera mudanza
hay tan pesada caída?

¡Que haya sido error en mí
lo que fineza juzgué!
¡Cuando la vida arriesgué
por agradar, ofendí!
¡Fuerte caso, dura ley,
que haya de ser el privado
un astrólogo, colgado
de los aspectos del rey!
Hoy benévolo le vi,
y hoy contrario vuelve a estar.
Ganélo con no matar,
y con matar lo perdí.
¿Qué es esto? ¿Pruebas conmigo
tus variedades, Fortuna?
Hoy era don Juan de Luna
mi más odioso enemigo;
hoy es ya mi amigo, y hoy
yo mismo vida le di;
hoy al conde conocí,
y ya su homicida soy.
Hoy vi a Anarda, y hoy la amé;
hoy creí que era querido,
hoy la esperanza he perdido,
y hoy a cobrarla torné.
Hoy me vio el príncipe, y hoy
me vi al más sublime estado
de su favor levantado,
y ya derribado estoy
en un infierno profundo
de temor y de ansia fiera.
¡Paciencia! De esta manera
son Los favores del mundo.

*Vase don GARCÍA. Salen don DIEGO,
doña ANARDA y doña JULIA*

DIEGO: Enemigas, ¿es razón
que así la fama perdáis,
y la heredada opinión
de Pacheco y de Girón
en tal vil precio tengáis?
¿Es bien que el conde atrevido
me diga en mis propias canas,
cuando voy a verle herido,
que mis sobrinas livianas
la causa del daño han sido?
ANARDA: ¿Nosotras?
DIEGO: Vosotras, pues.
ANARDA: De desangrado, delira.

DIEGO: Pues si la causa es mentira,
por lo menos verdad es
el efeto de su ira.

Dice que él no conoció
ni ha dado ocasión a quien
en nuestra calle le hirió;
mas al menos sabe bien
que de esta causa nació.

Y así sus deudos conjura,
y en nuestra sangre agraviado
vengar su herida procura,
si tu mano no le cura
la que en el alma le has dado.

Bien sabes tú que en nobleza
nadie le excede en España.
De su estado la riqueza
es notoria, que acompaña
con gala y con gentileza.

Ablanda, sobrina, el pecho,
sin razón duro y extraño;
busca el gusto en el provecho;
remedie la mano el daño
que el hermoso rostro ha hecho.

ANARDA: Ya no puedo, noble tío,
a un intento tan injusto
dejar de oponer el mío;
que es castigar en mi gusto
el ajeno desvarío.

Si él de mí se enamoró,
y yo lo he desengañado,
¿qué ley me obliga al pecado,
que no sólo no hice yo,
mas antes lo he repugnado?

DIEGO: Nunca, sobrina, he creído
que al daño diste ocasión;
mas tu hermosura lo ha sido,
y a mil sin culpa han traído
sus gracias su perdición.

Que no tienes culpa digo;
mas si casarte procuro,
no tu inocencia castigo;
a estorbar el mal futuro,
es sólo a lo que te obligo.

ANARDA: Señor don Diego, ¿mi tío
da tan cobarde consejo?
Bien se ve que el pecho frío
al brazo cansado Y viejo
niega el heredado brío.
¿Morir no será mejor,
que no que Mauricio diga,

en mengua de vuestro honor,
que a sus gustos nos obliga
de sus armas el temor?

¿Somos Girones, o no?
¿Hanos el valor faltado?
¿Estoy sin parientes yo?
¿Quién en Castilla a un criado
de mi casa se atrevió?

Y si en tan justa ocasión
no quisieran defender
nuestros deudos su opinión,
yo basto; que aunque mujer,
soy en efeto Glrón.

DIEGO: ¿Estás loca? ¿Qué es aquesto?

¿Piensas que es valor tener
ese brío descompuesto?
Sólo el proceder honesto
es valor en la mujer.

Deja ya vanos antojos,
y admite este pensamiento,
o para acabar enojos,
metiéndote en un convento,
te quitaré de los ojos.

ANARDA: Vos no sois más que mi tío,

y ni aun un padre en razón
puede forzar mí albedrío.
Casamiento y religión
han de ser a gusto mío.

Vase doña ANARDA

JULIA: Lo que dice Anarda es justo;

que sólo en tomar estado
es tirano fuero injusto
dar a la razón de estado
jurisdicción sobre el gusto.

*Aquí baja la voz y habla a don DIEGO, como
temiendo que ANARDA escuche*

No es sino mucha razón
remediar el mal que viene;
mas de la ciega afición
que Anarda al príncipe tiene,
nace su resolución.

Que como Mauricio ya
de este amor viene advertido,
temerosa Anarda está
de que siendo su marido,

de Madrid la sacará;
y como liviana intenta,
del príncipe enamorada,
hacer a su sangre afrenta,
procura verse casada
con quien lo ignore o consienta.
Otros remedios habrá;

Alza la voz

que casarse de este modo
deshonor nuestro será.

Baja la voz

Dale cuenta al rey de todo,
que él el casamiento hará.
Calla y remedia discreto,
pues yo con esta invención
te descubro su secreto,
sin ponerla en ocasión
de que me pierda el respeto.
Y ella imaginando así
que ayudo sus pensamientos,
no se guardará de mí,
y de todos sus intentos
seré espía para ti.

Agora riñe conmigo,
para ayudarme a engañarla.

DIEGO: Si no hiciere lo que digo
Anarda, será ausentarla
de Madrid justo castigo.

JULIA: Si la razón excedieres,
justicia nos hará el rey.

DIEGO: ¿Tú también mi afrenta quieres?

JULIA: Quiero lo que es justa ley.

DIEGO: ¡Ay de honor puesto en mujeres!

Pues lo que quiero ha de ser
o morir quien lo estorbara.
Un monte querrá mover
el que por fuerza intentara
reducir una mujer.

Vase don DIEGO

JULIA Con esto, Alarcón, procura
mi amor de Anarda apartarte,

que en alguna coyuntura
alcanza el ingenio y arte
lo que no amor y ventura.

Callando el dolor que siento,
disponer mi dicha quiero;
que es prudente pensamiento
quitar estorbos primero
que descubrir el intento.

Sale ANARDA

ANARDA: ¿En qué paró, prima mía?

JULIA: ¡Pues qué! ¿No nos escuchabas?

Que bien a gritos reñía.

ANARDA: Tal vez la voz moderabas,
y entonces no te entendía.

JULIA: Entonces con falso pecho,
porque se fie de mí,
de mi lealtad satisfecho
don Diego Glrón, de ti
murmuraba en tu provecho.

Mil defetos le decía
de tu extraña condición,
y modos le proponía
con que reducir podría
a la suya tu intención

ANARDA: Un ejemplo de amistad
miro en ti.

JULIA: (El mejor engaño **Aparte**
es con la misma verdad.)

ANARDA: Ya el remedio de este daño
resuelve mi voluntad.

JULIA: ¿Cómo?

ANARDA: A llamar he enviado
el valiente forastero,
y de que a tomar estado
me resuelvo, darle quiero
para el príncipe un recado.

Que con aquesta ocasión
darle mi amor solicita
a mi querido Alarcón
los indicios que permita
mi honesta reputación.

Y tú, quedándote aquí
sola con él, le dirás,
como que sale de ti
y que de su parte estás,
el amor que reina en mí.

Que pues la ocasión convida,

goce de ella, y a su alteza
en casamiento me pida;
y dile tú la firmeza
con que tengo defendida
del príncipe y de Mauricio
mi honestidad, pues lo sabes;
porque a un celoso juicio
le ha de obligar el indicio
de pretendientes tan graves.

JULIA: Yo del príncipe imagino
que tu intento ha de estorbar.

ANARDA: Diréle que determino
casarme, por allanar
a sus gustos el camino;
porque, de otra suerte, intenta
los cielos atrás volver;
y así es fuerza que consienta
en mi intento, por tener
fin del mal que le atormenta.

Que aunque él es tan poderoso,
si a un hombre de tal valor
tengo, prima, por esposo,
no será dificultoso
el defenderle mi honor.

JULIA: Tu agudo ingenio bendigo.

ANARDA: Todo es cautelas amor.

JULIA: (Y así las uso contigo. **Aparte**
No hay enemigo peor
que el que trae rostro de amigo.)

Sale INÉS

INÉS: El amo de Hernando quiere
licencia de verte.

ANARDA: Inés,
mientras conmigo estuviere,
es bien que al balcón estés,
por si mi tío viniere.

Vase INÉS

JULIA: ¿Iréme?

ANARDA: Ponte en lugar
donde la plática entiendas;
que habiéndome de ayudar,
es bien que sepas las sendas
por donde has de caminar.

JULIA: (A ejecutar mi intención.) **Aparte**

ANARDA: Y advierte en el artificio
con que en aquesta ocasión,
sin ofender mi opinión,
le doy de mi amor indicio.

*Apártase JULIA y espía desde un lado.
Salen don GARCÍA y HERNANDO, de camino*

GARCÍA: Dadme, Anarda, los pies.

ANARDA: Poco es la mano
a tan valiente y noble caballero.
¡De camino venís!

GARCÍA: Búscase en vano
firmeza en bien del mundo lisonjero,
y el que en la voluntad de un hombre humano
libra sus dichas, ha de estar primero
apercebido para la mudanza
que del favor admita la esperanza.

Ayer, ya vos sabéis por qué camino,
hallé fácil al cielo la subida.

¡Mentirosa amistad de mi destino!

¡Traidora prevención de la caída!

La humilde vara en levantado pino
fue con súbito aumento convertida,
porque del viento airado a la violencia
diese efecto mi propia resistencia.

Aquel alto lugar que ayer tenía,
perdí, señora, anoche. Sabe el cielo,
que por fineza más que culpa mía,
que tengo en mi conciencia mi consuelo.

Cuando pensé que al mismo sol subía,
con todo el edificio di en el suelo.

Erré, mas no pequé. Soy castigado;
que es con el rey un yerro gran pecado.

Miróme disgustado, reprendióme
severo, y las espaldas volvió esquivo,
y entrándose en su cámara, dejóme
fuera de ella y de mí, sin alma y vivo.

No sé cuál medio en tal extremo tome:
a entrar o a estarme en vano me apercibo,
como al que sueña toros, hace el miedo
que ni pueda correr ni estarse quedo.

Al fin, sin verle a mi posada vuelvo;
que es, aunque sin razón, príncipe airado.
La noche toda en confusión me envuelvo,
sin atreverse el sueño al gran cuidado;
y, al fin, en ausentarme me resuelvo,
y el cuerpo huyendo al peligroso estado
y a la inquietud de la ambición sedienta,

vivir con mis vasallos y mi renta.

Y hoy, cuando a visitaros ya partía,
por despedirme, Anarda, y disculparme,
llegó un recado vuestro que podría,
a ser sol fugitivo, repararme.
Viene obediente el que cortés venía.
Mandadme liberal para obligarme,
que da pidiendo vuestra gran belleza,
y es dejaros servir vuestra largueza.

ANARDA: Señor García Ruiz, desdicha grave
siempre tocó al mayor merecimiento.
Si rodó la Fortuna, ¿quién no sabe
que sólo en ser mudable tiene asiento?
Lo que yo admiro, y en razón no cabe,
es sólo vuestro poco sufrimiento;
que ¿quién pensara que faltar podía
gran fortaleza a grande valentía?

A suerte desigual, igual semblante.
Es propia acción de pechos valerosos
animoso emprender; sufrir constante
consigue los laureles vitoriosos.
No al primero desdén huya el amante;
grandes los bienes son dificultosos.
Poco al príncipe amáis, oso decirlo,
pues pretendéis servirle sin sufrirlo.

GARCÍA: ¿Poco es perder la vida por su gusto?

ANARDA: Sufrirlo es menos, y impaciente os hallo.

GARCÍA: Un injusto rigor sufrir no es justo.

ANARDA: A ser íusto, ¿qué hicierais en llevarlo?

Y debéis advertir que si es injusto,
ausentáros será justificallo.

Ponerse del jüez en la presencia
es el mejor testigo de inocencia.

No os vais, García Ruiz, o por lo menos
pensadlo bien primero; que seguirse
prueban mil libros de sentencias llenos,
presto arrojarse y presto arrepentirse.
Ved a su alteza; que los hombres buenos
no se ausentan del rey sin despedirse.

GARCÍA: A despedirme de él por vos venía.

ANARDA: ¿Yo qué poder del príncipe tenía?

GARCÍA: ¡Feliz quien tal ingenio y beldad ama!

ANARDA: No, no, lisonjas no, que no os las creo;

que yo supe que ayer a cierta dama
centellas envió vuestro deseo;
y hoy de la ardiente repentina llama,
pues queréis ausentaras, libre os veo.
¿Múdase tal varón en un instante,
y culpa a la Fortuna de inconstante?

GARCÍA: Al que muda con causa de consejo,

no puede darse nombre de liviano.
ANARDA: No me satisfagáis, que no me quejo.
GARCÍA: ¿Tiráis la piedra y escondéis la mano?
Dios sabe, si tan alta empresa dejo,
que un poder me ha oprimido soberano.
ANARDA: Contra amor firme no hay poder bastante.
GARCÍA: Préciome de leal, si de constante.
Si a quien debo lealtad, esa persona
quiere, ¿será razón que yo prosiga?
ANARDA: En el amor es yerro, y se perdona
lo que sin él, traición que se castiga,
y el diferente fin la acción abona
del vasallo a quien más la ley obliga;
que si casarse intenta, nada ofende
al señor que gozar sólo pretende.
No digo que lo hagáis; que es causa ajena.
Allá con vos las haya la ofendida;
sólo probaros quiero que la pena
tenéis, que os da Fortuna, merecida.
Pecáis mudable, y por castigo ordena
otra mudanza, mal de vos sufrida.
Firmeza aprended en vuestro intento,
o en ajenas mudanzas sufrimiento.
GARCÍA: ¿Si como firme os amo?
ANARDA: Si pensara
que yo de vuestro amor era el objeto,
ofendida de vos no os escuchara,
que la mudanza es falta de respeto.
Quien una vez conmigo se declara,
tal debe estar del amoroso efeto,
que por lealtad, honor, premio o castigo,
ha de romper hasta casar conmigo.
¡No! Bien sé que otra amáis, o lo he creído;
que a pensar que era yo, disimulara,
por no dar ocasión a que, atrevido,
vuestro pecho su amor me declarara;
mas siempre cortesana ley ha sido
decir lisonjas y alabar la cara.
Si por eso lo hacéis, yo más querría
tosca verdad, que falsa cortesía.
GARCÍA: Si es la verdad grosera, soy grosero.
ANARDA: ¡Basta! Mirad que el príncipe me ama.
GARCÍA: Peco si intento, pero no si os quiero.
ANARDA: Amor da intentos como el fuego llama.
Decir amo es intento verdadero;
que a recíproco amor el amor llama.
GARCÍA: El fin diverso abona mis acciones.
ANARDA: No son para conmigo mis liciones;
para con la qtie amáis os las he dado.
Bien sé que otra os ocupa el pensamiento,

que a ser yo vuestro amor, dichoso estado
le daba la ocasión a vuestro intento;
pues para lo que ahora os he llamado,
es para que tratéis mi casamiento
con el príncipe vos. Si habéis de verlo,
direos la causa que me obliga a hacerlo.

GARCÍA: Por fuerza os he de obedecer, señora.

ANARDA: Sabed que está Mauricio, el conde, herido
y dice que si bien la mano ignora,
sabe que yo la causa de ello he sido,
y puesto que me iguala y que me adora,
me resuelva a admitirle por marido,
o que contra mi sangre verá España
salir todos sus deudos a campaña.

Yo aborrezco a Mauricio, y si le amara
esta amenaza que a mi sangre ha hecho,
a no darle la mano me obligara;
que no se rinde el gusto a su despecho.
En favor de Mauricio se declara
mi tío, que procura su provecho.
el príncipe, que tanto amarme jura,
muéstrelo en remediar mi desventura.

Que pues su alteza no ha de ser mi esposo
y querer mi deshonra es no quererme,
es en esta ocasión lance forzoso
buscar quien pueda honrarme y defenderme.
Por si resiste el príncipe amoroso,
de vuestra autoridad quise valerme.
Vos persuadidle, y advertid, García,
que en vuestra voluntad dejo la mía.

*Hace que se va doña ANARDA, y al entrarse se
encuentra y queda hablando con doña JULIA*

GARCÍA: (¡Con cuán honestas señales **Aparte**

Anarda en esta ocasión
me ha mostrado su afición!)

ANARDA: Dile tú agora mis males.

Vase doña ANARDA. Sale doña JULIA

GARCÍA: (¡Dichoso mil veces yo!) **Aparte**

HERNANDO: ¿Ya se pasó la tristeza
del enojo de su alteza?

GARCÍA: Con tal trueque, ¿por qué no?

Cuando en tal privanza estoy,
¿qué importa la que he perdido?
Haz cuenta que ya marido

de la hermosa Anarda soy.
HERNANDO: ¿Tan presto?
GARCÍA: Ella misma ha abierto
a mis intentos lugar.
HERNANDO: ¿Quién creyera en tanto mar
que estaba tan cerca el puerto?
JULIA: Caballero forastero...
GARCÍA: Bella cortesana...
JULIA: Oíd.
Por forastero en Madrid,
un consejo daros quiero.
No tengáis a poco seso
que sin pedirlo os le doy,
porque disculpada estoy
con lo que en darle intereso.
Anarda, según he oído,
poder de casarla os dio,
y a Mauricio os declaró
que no quiere por marido.
La causa os diré, y así
vos de ella coligiréis
lo que en esto hacer debéis,
y lo que me mueve a mí.
Soy su prima, y de su amor,
secretaria; mas agora
soy a su amistad traidora
por ser leal a mi honor.
Por su alteza Anarda muere,
y como ya el conde herido
de este amor está advertido,
por esposo no lo quiere;
que a impedir es poderoso
la infamia que Anarda intenta,
y a quien lo ignore o consienta
quiere tener por esposo.
De aquí podéis entender
lo que me va en no callar,
si vos debéis mirar
a quién la dais por mujer.

Vase doña JULIA

GARCÍA: ¿Qué es aquesto, cielo eterno?
¿Soy yo aquél que agora fui?
¿De un paso al cielo subí,
y de otro bajé al infierno?
Agora tuve delante
la gloria por quien suspiro,
y en medio en un punto miro

mil montañas de diamante.
El que a tal nació sujeto,
¿qué perdiera en no nacer?
HERNANDO: ¿Qué te ha dicho esta mujer?
GARCÍA: ¿No te lo ha dicho el efeto?
Un desengaño.
HERNANDO: Fortuna
nos da su retrato en ti.
Agora pisar te vi
con los mismos pies la luna,
y ya en el centro profundo
de dolor y rabia fiera.
GARCÍA: ¡Paciencia! De esta manera
son los favores del mundo.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Salen don JUAN y JULIA

JUAN: Su alteza, que por mandado
del rey, a Toledo parte,
de Anarda quiere encargarte
en esta ausencia el cuidado.
JULIA: (Ocasión me da con esto **Aparte**
para esforzar mi invención.)
En estrecha obligación
hoy el príncipe me ha puesto
que pues de mí se confía,
guardarle debo amistad,
y el decirle la verdad
corre ya por cuenta mía.
JUAN: Habla, pues.
JULIA: Dile que vea
que al forastero Alarcón
tiene mi prima afición,
y ser su esposa desea.
Si lo consigue, su alteza
se puede dar por perdido,
que da el amor del marido

a la mujer fortaleza.
No hay que esperar si se casa
con hombre de tal valor
y que sabe ya el amor
en que el príncipe se abrasa.
Ella dirá que desea
casarse, por allanar
el camino y dar lugar
al príncipe. No la crea,
que es engañoso artificio
y ha de resistir después.

JUAN: Pues tu consejo ¿cuál es?
JULIA: Que la case con Mauricio,
a quien da en aborrecer
Anarda; que de ofendido
está muy cerca el marido
que aborrece la mujer.

JUAN: Y Mauricio, ¿no es honrado,
y a guardar su honor bastante?
JULIA: De este intento está ignorante.
Nada puede un descuidado.

JUAN: ¿Sabes si el conde querrá?
JULIA: Sé que por Anarda muere.
JUAN: ¿Pues cómo, de que la quiere
el Príncipe, ajeno está?
JULIA: Su alteza es tan recatado
que nunca el conde Mauricio
tuvo de su amor indicio;
tú sólo celos le has dado
con tus rondas y paseos.
Mas eso no ha de estorbarle,
pues cesa con declararle
que causo yo tus deseos.

JUAN: Si el conde está sospechoso,
ha de pensar que es enredo.
JULIA: Pues quitarémosle el miedo
con que seas tú mi esposo.
JUAN: ¿Qué dices? ¿Tan gran favor
he merecido de ti?
JULIA: ¿No es tiempo que obren en mí
tus méritos y tu amor?
JUAN: ¡Dulce fin de tantos daños!
JULIA: (Anarda la mano dé **Aparte**
al conde, que yo sabré
usar contigo de engaños.)

JUAN: Su alteza, mi bien, me espera.
JULIA: ¿Hasme de olvidar, don Juan?
JUAN: Antes, Julia, olvidarán
las estrellas su carrera.
JULIA: De tu ausencia y mi tristeza,

JUAN: ¿cuándo el fin tengo de ver?
 Esta noche he de volver
 por la posta con su alteza.

Don JUAN hace que se va

JULIA: (Bien engañado lo envío. **Aparte**
 Mas, ¡ay! ¿Si se va Alarcón
 a Toledo? Una invención
 remedie el tormento mío.)
 Don Juan.

Vuelve don JUAN

JUAN: Señora.
JULIA: Oye.
JUAN: Di.
JULIA: Mira que es inconveniente
 que García-Ruiz se ausente
 en esta ocasión de aquí,
 que examinar su intención
 con cautela es acertado;
 que si paga, enamorado
 de mi prima, su afición,
 tales cosas le diré,
 que aborrezca a la que estima,
 y despechada mi prima
 al conde la mano dé.
JUAN: Dirélo al príncipe así.
 Loco voy con tu favor.

Vase don JUAN

JULIA: ¿En qué laberinto, Amor,
 me voy entrando tras ti!

 A don Juan he dicho agora
 que está Mauricio ignorante
 de que es el príncipe amante
 de Anarda; y que no lo ignora
 dije a don Diego, mi tío.
 Con sus intenciones varias,
 y por dos causas contrarias
 a un mismo efeto los guío.

Sale don DIEGO

DIEGO: Ya, Julia querida, he dado
cuenta al rey de nuestro intento,
y que el príncipe al momento
de Madrid salga, ha mandado.
JULIA: ¿Y en lo que a Mauricio toca?
DIEGO: Que o la mano le dará,
o en un convento tendrá
justo castigo esa loca.
JULIA: Yo haré con tal artificio
lo que tu pecho desea,
que el mismo príncipe sea
quien la case con Mauricio.
DIEGO: De remediar nuestro honor
tengo justa confianza
en lo que tu ingenio alcanza.
JULIA: (Di en lo que alcanza mi amor.) **Aparte**

*Vanse don DIEGO y JULIA. Salen el PRÍNCIPE,
con botas, y GERARDO, con las espuelas, para ponérselas.
Luego dos PAJES*

PRÍNCIPE: Acaba, que me tienes ya cansado.
GERARDO: (En quemar la materia más cercana **Aparte**
al fuego imita un príncipe enojado.)
PRÍNCIPE: Ponlas, acaba. ¡Cuán de buena gana
con ellas las entrañas le rompiera
al que pena me dio tan inhumana!

Sale un PAJE

PAJE: Ya apercebido el carruaje espera.
PRÍNCIPE: Pues, ¿quién te lo pregunta?
PAJE: Vuestra alteza
mandó que en siendo tiempo lo dijera.
PRÍNCIPE: No obedecerme fuera más fineza,
que el discreto no da, sin ser forzado,
nuevas que sabe que han de dar tristeza.

Sale el segundo PAJE

PAJE 2: A vuestra alteza aguarda aderezado
el almuerzo, señor.
PRÍNCIPE: Todos entiendo
que os habéis a matarme conjurado.
Necio, a quien de la vida está partiendo,
¿qué gusto puede darle la comida?

Que es, amando, partir, vivir muriendo.
Idos de aquí, dejadme; que la vida
me sobra, pues me falta la paciencia.
¡Ay, antes muerta gloria que nacida!
El favor vino anoche, y hoy la ausencia,
porque tenga en la misma medicina
materia más copiosa la dolencia.

El primer PAJE habla aparte con el PRÍNCIPE

PAJE 1: Agora entra Alarcón.
PAJE 2: Él no imagina
que está el mar por el cielo.
PAJE 1: ¿Llegar osa?
Corre Faetón a su fatal ruina.

Sale don GARCÍA

GARCÍA: Si acaso vuestra mano poderosa,
deL justo enojo de mi error causado,
ha envainado la espada rigurosa,
merézcala besar quien, humillado,
en cambio de él, señor, la sangre ofrece
que en el servicio vuestro ha derramado.
PRÍNCIPE: Alzad, García Ruiz, y si os parece
que yo estuve enojado, yerro ha sido;
que vuestro amor leal no lo merece.
Sabido que un vasallo estaba herido
por mi causa, aquel justo sentimiento
de lastimado fue, no de ofendido.
Decir que errastes fue un advertimiento
y regla de servirme, no castigo,
que sé que no hay pecado sin intento;
graves razones son las que conmigo
os dieron de amistad el nudo estrecho.
No levemente pierdo un buen amigo.
Sabréis, de hoy más, de mi piadoso pecho
la condición. Jamás de ajeno daño
quiero que nazca mi mayor provecho.

GERARDO habla aparte con los PAJES

GERARDO: Ved de quien sirve el claro desengaño.
Aquí nos anegamos, y en bonanza
da al viento aquí esta nave todo el paño.
PAJE 1: ¿Quién creyera tan presto tal mudanza?
PAJE 2: Merécela Alarcón.

PAJE 1: Bueno es ser bueno;
 mas no el honrado, el venturoso alcanza.

Vanse GERARDO y los dos PAJES

PRÍNCIPE: Tratemos de mis males; que estoy lleno
 de rabia y de dolor, y el pecho mío
 se enciende en furia de mortal veneno .
 Hoy de mi Anarda ese caduco tío
 al rey de mis intentos se ha quejado.
 Vuestro yerro causó tal desvarío.

 Mauricio fue el herido; han sospechado
 que por mi voluntad, y que a Toledo
 parta al punto mi padre me ha mandado.

 ¿Cómo ausente de Anarda vivir puedo,
 si aunque presente estoy, muriendo vivo?

GARCÍA: Si tu amor firme o tu celoso miedo
 remedio alcanzan de tu mal esquivo
 posible, huya el dolor, la pena olvida,
 pues que yo a ejecutarlo me apercibo.

 Lo que mi brazo erró, emiende mi vida,
 que desde que empezó, por justa herencia,
 está por ti a perderse apercebida.

 Para seguirte en esta triste ausencia
 las espuelas calcé. (Callo mi intento, **Aparte**
 pues la misma ocasión da la advertencia.)

 La vida sigue el mismo pensamiento.
 Traza, resuelve, manda; que no siente
 imposible mi fiel atrevimiento.

PRÍNCIPE: Vuestra lealtad, que al sol resplandeciente
 su luz opone, alivia mi tormento;
 y así, mientras de Anarda peno ausente,
 en prendas quedaréis de mi firmeza,
 que ser Argos de Anarda es gran ventura,
 por mirar con cien ojos su belleza.

GARCÍA: Premiáis mi amor. (Aquí la suerte dura **Aparte**
 el resto echó. ¡Por cuidadosa guarda
 quedo yo contra mí de su hermosura.

 Un recado, señor, la hermosa Anarda
 me ha dado para ti.

PRÍNCIPE: ¿Cómo, García,
 tanto tu lengua en referirlo tarda?

GARCÍA: Porque no solicita tu alegría,
 y a no obligar la ley de buen criado,
 con el silencio más te serviría.

PRÍNCIPE: Habla ya, que el temor me ha atormentado
 más que la nueva puede.

GARCÍA: Tu mal siento,
 si bien en tu valor voy confiado,

porque es el toque de él el sufrimiento.

Hablan en voz baja. Salen don JUAN y GERARDO. Los dos hablan a la puerta de la cámara

GERARDO: Como el toro, a quien tiró
la vara una diestra mano,
arremete al más cercano
sin buscar a quien le hirió,
su alteza, con el dolor
que esta nueva le ha causado,
en nosotros ha vengado
los agravios de su amor.

Mas en entrando Alarcón,
o de amor, o de respeto,
serenó el airado aspeto
y mudó la condición.

JUAN: Bien sabe Garcí Ruiz
merecer tanto favor.

GERARDO: Merece con el señor
quien tiene estrella feliz.

PRÍNCIPE: ¿Que le dé marido yo?

GARCÍA: Así lo dice.

PRÍNCIPE: ¡Ah, García!

En mi loco amor confía
quien tal recado envió.
¡Ah, cielo! ¡Yo le he de dar
a la que adoro marido!
Cuánto corta en un rendido
la espada, quiere probar.

¡Anoche el favor primero,
y hoy desengañarme así!

GARCÍA: (Que fue el amor para mí, **Aparte**
de todo con causa infiero.

Pero ¿cómo puedo, ¡ay, triste!,
merecer por dulce esposa
mujer tan noble y hermosa,
y que a un príncipe resiste?)

PRÍNCIPE: ¿Qué haré?

GARCÍA: En casos de amor
nunca supe dar consejo.

PRÍNCIPE: Vos, pues en la corte os dejo,
con vuestro seso y valor
divertidla de ese intento,
encarecedle mi pena,
mientras el remedio ordena
mi afligido pensamiento.

GARCÍA: Dos imposibles, señor,
me encargas.

PRÍNCIPE: Tal caballero
para tales casos quiero.
Caballerizo mayor...

Arrodillándose don GARCÍA

GARCÍA: De Alejandro es vuestra alteza
envidia.

PRÍNCIPE: Alzad, pues. Don Juan,
¿calláis?

JUAN: Callando se dan
nuevas que son de tristeza.

PRÍNCIPE: ¿Qué hay de Julia?

JUAN: Ya la vi.

PRÍNCIPE: No temáis, que de Alarcón
sé ya la resolución
de mi Anarda contra mí.
Ya sé que se determina
casarse esa crüel.

Don JUAN habla aparte con el PRÍNCIPE

JUAN: ¿Luego ya sabréis que es él
a quien Anarda se inclina?

PRÍNCIPE: ¿Quién?

JUAN: Repórtate.

PRÍNCIPE: Acabad,
que el alma en furor se abrasa.

JUAN: Oye, señor, lo que pasa,
si Julia dice verdad.

Hablan bajo el PRÍNCIPE y don JUAN

GERARDO: De la merced que os ha hecho
el príncipe, alegre os doy
un gran parabién.

GARCÍA: Yo estoy
de vuestro amo satisfecho;
pero podéis persuadiros
que nada os quedo a deber,
y cuanto tenga ha de ser,
Gerardo, para serviros.

GERARDO: Vuestro valor al deseo
da seguras esperanzas.

GARCÍA: (Tocando estoy las mudanzas **Aparte**
de mi suerte, y no las creo.
¿Quién, del infelice estado

en que hoy se vio mi ventura,
creyera que a tanta altura
hoy me viera levantado?)
PRÍNCIPE: ¡Tal maldad! ¡Viven los cielos,
que he de hacer!
JUAN: Señor, detente.
PRÍNCIPE: ¿Quieres que el volcán reviente,
y el mundo abrasen mis celos?
¡Alarcón...!
JUAN: Que adviertas, ruego
a su gran valor.
PRÍNCIPE: Salid
al momento de Madrid!
GARCÍA: ¿Para adónde?
PRÍNCIPE: ¡Salid luego,
y cuanto más lejos vais,
me daré por más servido!
GARCÍA: Señor...
PRÍNCIPE: Ya estoy ofendido
de que partido no hayáis!

Don GARCÍA se retira

GARCÍA: (¿Qué es esto, suerte importuna?
¿Así el favor desvanece?
¡Vive el cielo, que parece
que está loca la Fortuna!
¿Qué le habrá dicho don Juan?
Mas de don Juan, ¿qué recelo,
si estas mudanzas del cielo
ciertos avisos me dan,
haciéndome sin segundo,
ya en el bien y ya en el daño,
del engaño y desengaño
de Los favores del niundo?)

Vase don GARCÍA

JUAN: Dame para hablar licencia,
ya que Alarcón se ha partido.
PRÍNCIPE: ¿Qué quieres? ¿Dirás que ha sido
poco humana mi sentencia,
siendo tanta la ocasión?
JUAN: Si a eso miro, fue pñadosa,
señor, pero rigurosa,
si miro a tu condición;
que desconozco el rigor

en quien es la mansedumbre
naturaleza y costumbre.

PRÍNCIPE: ¿Qué no harán celos y amor?

Tan otro soy del que fui,
con sus efetos violentos,
que extraño mis pensamientos,
y no me conozco a mí.

JUAN: De que no sientas no trato,
donde es tanta la ocasión;
mas da un rato a la razón,
pues diste al enojo un rato.

Confesado me ha tu alteza
que es violento ese accidente;
lo violento fácilmente
vuelve a su naturaleza.

¿En qué diferencia pones
a ti y a un hombre vulgar,
si así te dejas llevar
del furor de tus pasiones?

Cualquiera, señor, es sabio
donde no hay dificultad;
la mansedumbre y piedad
se tocan en el agravio.

La fiera borrasca muestra
si es el piloto prudente,
y el jinete en potro ardiente
fuertes pies y mano diestra.

Ésta es la misma ocasión
que debiera desear
tu alteza, para mostrar
su piadosa condición,
y más donde el condenado
ser inocente podría,
que hasta agora de García
no sabemos si ha pecado.

Julia sólo el pensamiento
de Anarda me ha referido,
pero no que él haya sido
cómplice de aqueste intento.

Y la primera advertencia
que Julia en esta ocasión
me hizo, fue que Alarcón
no te siga en esta ausencia,
que cautamente sabrá
de él si a tu enemiga estima;
y siendo así, de su prima
tales cosas le dirá,

que la desdeñe injurioso,
para que ella desdeñada,
de su amor desesperada,

quiera al conde por esposo.

Que mientras tenga esperanza
de que él su amor corresponde,
no hay pensar que verá el conde
en sus rigores mudanza.

PRÍNCIPE: Es agudo pensamiento.

JUAN: Con amor y con lealtad
te sirve, y la voluntad
da fuerza al entendimiento.

Demás de esto, considera
que sabiendo tu afición,
no se casará Alarcón,
aunque, querido, la quiera.

Y por un leve temor
que asegura su nobleza,
no ha de pagar mal tu alteza
a un hombre de tal valor.

Ni permitas que Alarcón
me tenga por falso amigo,
pues de lo que hablé contigo
vio nacer tu indignación;
con que es forzoso entender
que ingrato y villano soy,
pues quito tu favor hoy
a quien vida me dio ayer.

Bien temí yo tu castigo
cuando te daba el recado;
mas la ley de buen criado
venció a la de buen amigo.

Esto ha de bastar, señor,
a que tomes otro acuerdo,
si mis servicios no pierdo,
si no me engaña tu amor.

PRÍNCIPE: Digo que me has convencido,
y de haberlo desterrado
estoy, don Juan, lastimado,
cuanto más arrepentido.

Abrázame; que es razón
dar premio a tu gran nobleza,
y por ver esta fineza,
estimo aquesta ocasión.

JUAN: Por tal dueño poco es dar
la sangre, vida y honor.
Dame licencia, señor,
de que lo vaya a alcanzar.

PRÍNCIPE: Será, don Juan, darle indicio
de liviana condición.

JUAN: Fía tu reputación
de mi ingenioso artificio.

PRÍNCIPE: Como la ocasión no pueda
colegir que esto ha causado,
a lo que le he encomendado
le di que en la corte queda.

JUAN: ¿Partes luego?

PRÍNCIPE: Ya el rigor
de mi airado padre ves.

JUAN: Para alcanzarte, a mis pies
dará sus alas mi amor.

*Vase don JUAN. Salen GERARDO, los dos PAJES y
otros criados*

PRÍNCIPE: ¿Puedo partir?

GERARDO: A tu alteza
todo aguarda apercebido.

PRÍNCIPE: ¿Quién duda que estás
sentido,

Gerardo, de mi aspereza?

GERARDO: Sólo tus pesares siento.

PRÍNCIPE: ¡Ah, Gerardo! No te espante;
que es pluma leve un amante,
y celos y amor el viento.
Alégrete este rubí,

Dale una sortija

si por mi causa estás triste.
Y tú, pues que me sufriste
lo que sin razón reñí,

Da al PAJE otra sortija

con este diamante, Otavio,
publica tu sufrimiento;
y a ti, el arrepentimiento
que tengo ya de tu agravio,

Da a otro una cadena

te diga aquesa cadena,
que me confiesa obligado.

PAJE 1: Aumente el cielo tu estado.

GERARDO: Alivie Anarda tu pena.

PAJE 1: A su curso natural
el río presto volvió.

GERARDO: ¿Quién a príncipe sirvió
tan piadoso y liberal?

*Vanse todos. Salen don GARCÍA y HERNANDO de
camino*

GARCÍA: ¿Cómo está el Conde?

HERNANDO: No es nada.

¿Un piquete siente así?
Como es señor, es de vidrio,
y está su vida en un tris.
Tiene en la tabla del brazo
una sangría sutil;
que la manga de la cota
no le llegaba hasta allí.
Una vena le rompiste;
desangrÁbase, y así
se desmayó; ya está bueno,
y ha pedido de vestir.

GARCÍA: Huélgome. ¿Vienen las postas?

HERNANDO: Ya comenzaba a subir
el postillón, batanado
en el angosto rocín.

GARCÍA: Mucho tarda a mi deseo.

HERNANDO: ¿Esto es irte, o es huir?

GARCÍA: ¡Fuego de Dios en amores
y privanzas de Madrid!

HERNANDO: ¿Esos dos polos quisiste
con tus dos manos asir?

A entrambos pierde de vista
el ingenio más sutil,
y el que más alcanza, dice
que ha de conservarse aquí
Ganimedes con embuste,
y con dinero Amadís.
Anda en cueros por las calles
despreciado el dios Machín,
y como se ve tan pobre
y ciego, ha dado en pedir.
En amaneciendo dios,
ya en chinela, ya en chapin,
de los nidos salen bandas
de busconas a embestir,
todas buscando el dinero,
no al galán sabio o gentil.
Quien no tiene, es un demonio,
y quien tiene, un serafín.
Ninguno cumple deseo,
si bien lo adviertes, aquí;

que el pobre jamás llegó
de sus intentos al fin;
y el rico, si no desea,
¿cómo lo puede cumplir?
Porque antes de desear
alcanza el rico en Madrid.
Sin estos inconvenientes,
considero yo otros mil,
que es un asno el que en la corte
con ellos quiere vivir.
Un lencero, ¿a quién no mata
con un cuerpazo hasta allí,
dando voces como truenos,
que hacen los perros huir?
¿A quién no cansa un barbón
con un tiple muy sutil,
lastimero y recalzado,
diciendo, "Hilí portuguí?"
¿Quién sufre un burro aguador,
que me sabe distinguir
a mí de un poste, y se aparta
del poste, y me embiste a mí?
¿Quién sufre un cochero exento,
cuya lanza cocheril
rompe más entre cristianos
que entre moros la del Cid?

GARCÍA: ¿Esas cosas te dan pena?

HERNANDO: Éstas me la dan a mí,

que son con las que se roza
la jerarquía servil.

Y si cosas tan menudas
me desesperan así,

¿cuál estará entre las grandes
el que juzgan más feliz?

¡Buena pascua! Vamos presto.

Nunca tan cuerdo te vi,
que aquí todo es embeleco,
todo engaño, todo ardid.

Al que promete aquí menos,
y al que cumple más aquí,
el pronóstico de Cádiz
no se la gana a mentir.

Coche y Prado son su gloria,
y ésta se reduce al fin
a mirarse unos a otros,
y andar de aquí para allí.
Pero las postas son éstas.

GARCÍA: Pues alto, Hernando, a subir.

HERNANDO: Bien puedes, que a punto
están la maleta y el cojín.

Vase HERNANDO

GARCÍA: Adiós, corte; adiós, Anarda.

Sale don JUAN

JUAN: Los caballos despedid,
que os manda quedar su alteza
en la corte.

GARCÍA: ¿Qué decís?

JUAN: Que cesó la causa ya
porque os mandaba partir,
y así ha cesado el efeto.

GARCÍA: ¿Y puedo saberla?

JUAN: Sí.

GARCÍA: Decidla presto, don Juan.
¿Qué causa al príncipe di
de tan repentino enojo?

JUAN: Erraisos, García Ruiz.
No de enojo, más de amor
mudó el clavel en jazmín,
por una nueva que yo
de vuestro riesgo le di.

GARCÍA: ¿Y era el riesgo...?

JUAN: Del enojo
del rey.

GARCÍA: ¿Del rey contra mí?

JUAN: Por la herida de Mauricio.

GARCÍA: Pues, ¿quién le pudo decir
que fui yo el actor?

JUAN: No sé.
Por esto os mandó partir,
como os ama, temeroso
de algún suceso infeliz;
y el enojo que en él vistes,
fue contra el pecho riin
que a indignar al rey con vos
dio aliento a la lengua vil.
Entró luego a ver al rey,
y djíjole con ardid
cómo a Toledo, García,
os llevaba a vos y a mí.
Que nos llevase en buen hora,
dijo su padre, y de aquí,
que era falsa colegimos
la nueva que yo le di;

que a estar con vos indignado,
no os permitiera seguir
al Príncipe, y en su rostro
que mintió la fama vi.
Con esto y con que a su Alteza
libraros, García Ruiz,
de cualquier riesgo es más fácil
que no apartamos de sí,
os manda quedar, y encarga
a ese esfuerzo varonil
lo que con vos ha tratado.

GARCÍA: ¿Y es menester para mí
este recuerdo? A su alteza,
don Juan amigo, decid
que sólo triste partía
de pensar que le ofendí,
y alegre de que fue engaño,
quedo a servirle en Madrid.

JUAN: Dadme los brazos, García.

GARCÍA: Don Juan, ¿tan presto os partís?

JUAN: Al príncipe he de alcanzar,
que va a Illescas a dormir.
(Ni más por ti pude hacer, **Aparte**
ni más te puedo decir;
valor y prudencia tienes;
tú sabrás mirar por ti.)

Vase don JUAN

GARCÍA: Encontró Amor a la Fortuna un día,
émula de su imperio soberano;
de Aqueló las reliquias una mano,
y la rueda fatal otra movía.

El soberbio rapaz la desafía,
y el arco flecha; pero flecha en vano,
que no la ofende su poder tirano,
si el cetro menos él de ella temía.

Al fin, reconocidos por iguales,
dios cada cual en cuanto ciñe Apolo,
ni él las viras dejó, ni ella los giros.

¿Qué tanto soy contra enemigos tales?
No se vencen dos dioses; y yo solo
bastaré a sus mudanzas y sus tiros.

*Vase don GARCÍA. Salen doña JULIA,
doña ANARDA e INÉS*

JULIA: En lo que agora te digo,

mi amor te quiero mostrar.
A Mauricio, tu enemigo,
el rey pretende casar
contra tu gusto contigo,
y siguiendo aqueste intento,
vendrá agora de su parte
quien acabe el pensamiento,
con orden para llevarte,
si resistes, a un convento.

ANARDA: ¡Cuando la mano le dé
al conde, o no tendré seso,
Julia, o sin vida estaré!

JULIA: Si te resuelves en eso,
un consejo te daré.

ANARDA: Ya, prima, tu lengua tarda.

JULIA: Éntrate al punto en el coche;
del furor del rey te guarda,
que yo desde aquí a la noche
haré tu negocio, Anarda.

ANARDA: Bien dices.

JULIA: Presto; que ya
vendrá la gente que digo.

ANARDA: ¡Hola! ¡El coche!

INÉS: Puesto está.

ANARDA: El manto, Inés. Ven conmigo.

JULIA: Las cortinas llevará
tendidas el coche, prima.
No sepan que vas en él.

ANARDA: Mucho tu amistad me anima,
que es una amiga fiel
la joya de más estima.

Vanse doña ANARDA e INÉS

JULIA: ¡Qué bien la supe engañar!
Quien camina descuidado
es fácil de saltar.
Agora pienso acabar
el enredo comenzado.
Con esto a mi amor quité
el mayor impedimento,
que como a solas esté
con Alarcón, a mi intento
hoy dulce puerto daré.
Hoy lograré mi esperanza,
porque es necio el que no entiende
que hay peligro en la tardanza,
si con brevedad no alcanza
quien con engaños pretende.

Sale BUITRAGO

JULIA: ¿Anarda, fuése?

BUITRAGO: Imagina
 cada caballo español,
 según con ella camina,
 que lleva en el coche al sol,
 y que es nube la cortina.

JULIA: ¿Viene Alarcón?

BUITRAGO: Al momento
 me respondió que venía.

Vase BUITRAGO

JULIA: Sus pasos son los que siento,
 pues se alegra el alma mía
 y se turba el pensamiento.

Salen don GARCÍA y HERNANDO

GARCÍA: Sujeto a vuestro mandado
 vengo a ver lo que queréis.
 Nada me encubra el cuidado,
 pues me confieso obligado
 a la merced que me hacéis.

JULIA: Gloria ilustre de Alarcón,
 este cuidado que os muestro,
 no os pone en obligación,
 porque por mi honor, el vuestro
 procuro en esta ocasión.

 Casarse con vos intenta
 mi prima, que hacer pretende
 a vos y a su sangre afrenta;
 y como en ella me ofende,
 tomo el remedio a mi cuenta.

 Del vuestro pende mi honor,
 y aunque para defenderlo
 casado tendréis valor,
 viendo el peligro, es mejor
 evitarlo que vencerlo.

GARCÍA: ¿Posible es que sólo el celo
 de lo que apenas os toca
 os causa tanto desvelo?
 Más viva causa recelo
 que a tal cuidado os provoca.

JULIA: (Temblando está mi edificio; **Aparte**

esfuércelo otra invención.)

Parte es cielo, parte oficio

que paga la obligación

en que me ha puesto Mauricio.

A su ruego lo he intentado,

porque mi honor mejora;

y no habiéndole alcanzado,

a ser tema viene agora

lo que fue razón de estado.

Pero, ¿qué sirve que os cuente

la causa? El efeto ved

a vuestro honor conveniente.

Si es buena el agua, bebed

sin preguntar por la fuente.

Yo os digo, Alarcón, verdad;

la causa cual fuere sea;

después de vos os quejad.

Sólo en el Príncipe emplea

Anarda su voluntad.

No os mueva el falso favor

de aquel honesto fingir,

porque su intento traidor

es con vuestra mano abrir

las puertas a ajeno amor.

Y porque sepáis, García,

si apresuran vuestro daño;

que esto a vos sólo podía

decirse... (Con este engaño

he de hacer gran batería.)

...Anarda a cierto lugar

parte agora, igual al viento,

adonde la fue a esperar

su alteza, para trazar

el fin de este casamiento.

GARCÍA: ¡Que un pensamiento traidor

quepa en sangre principal!

JULIA: Como eso puede el amor.

Pues que te prevengo el mal,

preven remedio a tu honor.

GARCÍA: El no casarme con ella

es el remedio.

JULIA: Alarcón,

si él llega a mandarlo, y ella

da la mano, ¿qué razón

has de dar de no querella,

y más cuando tú de amar

a Anarda muestras has dado?

Viéndote así retirar,

¿Por fuerza no han de pensar

Aparte

que su intención te he contado?
Pues mira tú si es razón
que con el bien que te he hecho
granice su indignación.

GARCÍA: No cabe en mi noble pecho
ingrata imaginación.

JULIA: Y por ti también es justo
que algún impetu violento
temas del príncipe injusto,
o porque no haces su gusto,
o porque sabes su intento.
Si ve su pecho real
que sabes falta tan grave
de él, teme un odio mortal,
porque todos quieren mal
a quien sus delitos sabe.

GARCÍA: Ya que a mi incauto navío
mostraste con pecho fiel
el fiero oculto bajío,
sólo en tu valor confío,
Julia, que lo libres de él.
Aconséjame.

JULIA: El consejo
edad y prudencia quiere.

GARCÍA: Mi amor en tus manos dejo,
que al más sabio y al más viejo
tu claro ingenio prefiere.

JULIA: Pues tanto te satisface
mi voluntad conocida,
que en tu bien discursos hace,
digo que la diestra herida
de la misma herida nace.
Si te ofenden con casarte,
el casarte te defienda.
Busca a quien pueda igualarte,
y antes que el príncipe entienda
qué se trata, has de obligarte.

GARCÍA: ¡Fuerte remedio!

JULIA: Violento;
mas pídelo el mal crüel,
y un honrado pensamiento
fácil arriesga el contento,
si guarda el honor con él.

GARCÍA: ¡Ah, cielos! ¿Tanto rigor...

JULIA: (Ayude Amor mi esperanza.) **Aparte**

GARCÍA: ...con hombre de mi valor?
¿Esto es corte? ¿Esto es privanza?
¿Esto es honra?

JULIA: (¿Y esto amor?) **Aparte**

GARCÍA: ¿Cómo quieres que halle yo

mujer?

JULIA: Si se determina
tu pecho a lo que me oyó,
quien el remedio ordenó
te dará la medicina.

GARCÍA: ¿Mujer igual a quien soy
me darás?

JULIA: Digo que sí.

GARCÍA: Pues determinado estoy.

JULIA: ¿Dirás que es igual a ti,
si igual a mí te la doy?

GARCÍA: Y que excede a mi deseo.

JULIA: Pues en ti, noble Alarcón,
tan ilustres glorias veo,
que a la mavor presunción
pueden dar honroso empleo.
Mas cuando en casar contigo,
mucho de mi honor perdiera,
que diera la mano digo,
si de esa suerte saliera
con el intento que sigo.

GARCÍA: ¿Qué dices?

JULIA: ¿De qué te alteras?

GARCÍA: ¿Agora das en probarme?

JULIA: Las causas que consideras
me fuerzan; mas, ¿obligarme
tú por ti no merecieras?

GARCÍA: (Grandes malicias advierto. **Aparte**
Mucho me da que entender
aqueste nuevo concierto.
Si me quiere esta mujer,
el engaño he descubierto.
Yo lo veré.) Mi esperanza
de un favor tan soberano
teme el engaño o mudanza.

JULIA: ¿Darás crédito a la mano,
si la lengua no lo alcanza?

GARCÍA: ¡Cuánto estimara tu intento,
a ser hijo del Amor!

JULIA: Basta; no me des tormento.
No engendra solo el honor
tan resuelto pensamiento.

GARCÍA: ¿Luego en efeto me quieres?
¡Dime, por Dios, la verdad!

JULIA: ¡Qué discreto, Alarcón, eres!
No dicen más las mujeres
de mi estado y calidad.

GARCÍA: Pues, ¿y don Juan? ¿Qué diría?
Que sé que te quiere bien.

JULIA: Eso a mi cuenta, García.

GARCÍA: Corre a la mía también,
porque de mí se confía.
JULIA: Don Juan sólo se entretiene,
porque al príncipe acompaña
cuando a ver a Anarda viene;
mas ni mi favor le engaña,
ni es amor el que me tiene.
Y cuando me tenga amor
con que te obligue a lealtad,
mira si te está mejor
el conservar su amistad
que dar remedio a tu honor.
Si no le piensas callar
lo que hemos tratado aquí,
tu intención ha de estorbar;
que ha de querer agradar
más al príncipe que a ti,
y no es razón que lo intentes
en mi daño.

GARCÍA: En todo hallo
montañas de inconvenientes
JULIA: Los del honor son urgentes.
GARCÍA: Déjame por hoy pensallo.
JULIA: El remedio que te doy
consiste en la brevedad.
GARCÍA: Ya de eso advertido voy,
y de que a tu voluntad
obligado, Julia, estoy.

Vase don GARCÍA

JULIA: Grandes cosas he emprendido,
y mis enredos extraños
lo posible han excedido;
mas quien de amor no ha sabido,
no condene mis engaños.
¡Buitrago!

Sale BUITRAGO

BUITRAGO: Señora.
JULIA: Id
donde mi prima os aguarda,
y que se venga decid.
BUITRAGO: En el Soto está.
JULIA: Y si Anarda
algo os pregunta, advertid...

*Vanse doña JULIA y BUITRAGO hablando. Sale
HERNANDO, contando las horas que dé un
reloj*

HERNANDO: Dos, tres, cuatro, cinco, seis,
siete, ocho, nueve, diez, once.
¡Válgate Dios por mujer!
¿Has de venir esta noche?
¡Que a estas horas esté fuera
una doncella! ¡Qué azotes!
¡Pobre coche el que una vez
una ballenato coge!
Piensa que el cochero es piedra
y los caballos de bronce,
y la noche, cuando viene,
lleva dos mil maldiciones.
¡Poh! ¡Mal hubiesen los gatos
que dan algalia a estos botes!
Ya empiezan las cosas malas
de entre las once y las doce.
Como salen a tal hora
en otras partes visiones,
en Madrid por las narices
espantan diablos fregonos.
¿Otro? ¡Mal haya la Arabia
que engendra tales olores!
Agora huele a adobado,
y es la quinta esencia entonces.
Coche suena... por la calle
sube de los Relatores...
¡Señor, señor!

Sale don GARCÍA

GARCÍA: ¿Qué hay, Hernando?
HERNANDO: Por acá, que viene un coche.
GARCÍA: ¿Si será Anarda?
HERNANDO: La vuelta
da hacia su casa. Paróse.
Mujeres son.
GARCÍA: Ello es cierto.
Claramente se conoce
que Julia dijo verdad.
HERNANDO: ¿Dos solas, y a media noche?

*Salen doña ANARDA e INÉS, con
mantos*

GARCÍA: Escucha, Anarda.

Doña ANARDA se acerca a la puerta de su casa

ANARDA: ¿Quién es?

¡Hola! Una luz.

GARCÍA: No des voces.

Alarcón soy.

ANARDA: ¿Vos, señor?

¿Qué queréis?

GARCÍA: No te alborotes.

ANARDA: ¿De qué, donde vos estáis?

Tira doña ANARDA a INÉS con temor hacia don GARCÍA

INÉS: (Ya entiendo. El manto me rompe.) **Aparte**

GARCÍA: Perdonad mi grosería,

si lo es preguntar de dónde

viene sola y a estas horas

una doncella tan noble.

ANARDA: Aunque para hablar no es éste

tiempo ni lugar conforme,

aquél es tiempo y lugar

donde riesgo el honor corre.

Díjome Julia que el rey

determinado dispone,

o que me entre en un convento

o que dé la mano al conde,

y que esta tarde vendría

su gente por mi, con orden

de ejecutar este intento;

que con mi ausencia lo estorbe;

que ella, ausente yo, daría

traza cómo no se logre

el intento de Mauricio.

Aprobélo, tomé el coche,

y solas Inés y yo

nos fuimos al Soto, donde

un escudero de Julia

al anochecer llamóme.

Yo, que de espías del rey

es fuerza que miedo cobre,

hasta las horas que veis

no quise salir del bosque.

GARCÍA: (Con lo que a su prima oí, **Aparte**
esto, ¿qué tiene que ver?
A Anarda llevo a creer,
y a Julia también creí.
¡Ay de mí! ¿En qué ha de parar
la confusión de mi pecho?)

ANARDA: ¿No estás, señor, satisfecho?

GARCÍA: (¡Ah, Dios! ¡Quién pudiera hablar!) **Aparte**

ANARDA: ¿No hablas?

GARCÍA: ¿Tú fuiste, Anarda...
(Por Dios que estoy por decillo.) **Aparte**
...a verte con el Sotillo... ?

ANARDA: ¿Qué dices?

GARCÍA: Digo que... Aguarda ...
que fuiste tú ...

ANARDA: ¿A dónde fui?

GARCÍA: ¡Jesús, qué prisa me das!

ANARDA: ¿No ves que en la calle estás,
y que yo estoy mal aquí?

GARCÍA: Digo... (No puedo, en efeto; **Aparte**
que si Anarda me ha mentado,
es darme por entendido
y descubrir el secreto.)

ANARDA: Si pones en mi verdad
y en mi honor dudas, advierte
que yo en el satisfacerte
no pongo dificultad.
Con que adviertas, Alarcón,
que la obligación entiendo
de quien me pide, no siendo
mi esposo, satisfacción;
y te des por entendido
de lo que te da a entender
quien, no siendo tu mujer,
satisfacerte ha querido.

GARCÍA: ¿Tan torpe de entendimiento,
tan ciego piensas que soy
que en tus tiernos ojos hoy
no te leyese el intento?
¿Y tú decirme podrás
que no te ha dicho mi pena
que sólo el príncipe enfrena
los intentos que me das?

ANARDA: Que no ha de estorbarme, advierte,
lo que convenga a mi honor,
y eso supuesto, señor,
yo quiero satisfacerte.

GARCÍA: Luz es ésta.

INÉS: Julia viene.

GARCÍA: Y con ella la ocasión

con que la satisfacción
puedo tener que conviene.
ANARDA: Di cómo.
GARCÍA: Dile que soy
el príncipe, que, enojado,
incrédulo y porfiado,
celos pidiéndote estoy.
Que ella la verdad refiera;
y si concuerda contigo,
que estoy satisfecho digo.
ANARDA: Soy contenta.

*Salen JULIA y BUITRAGO, con una
luz*

ANARDA: Prima, espera.
Quita la luz.

*Éntrese BUITRAGO con la luz, y
embózase don GARCÍA*

JULIA: He bajado
a buscarte, prima, así,
porque ha gran rato que oí
el coche, y me dio cuidado.
(¡Oh, celos!) **Aparte**
ANARDA: Me ha detenido
su alteza...
JULIA: (Mi mal cesó.) **Aparte**
ANARDA: Que por correrme, corrió
la posta.
JULIA: (Amor lo ha traído.) **Aparte**
ANARDA: Dile, prima, lo que pasa,
que me ha encontrado a la puerta,
y es milagro no estar muerta,
según en celos se abrasa.
De dónde vengo le cuenta,
y a qué de casa salí.
JULIA: Yo, señor, decir oí
que el rey, vuestro padre, intenta
que Anarda la mano dé
a Mauricio, su enemigo,
o en un convento en castigo
de su resistencia esté,
y que hoy por ella enviaba
para ejecutarlo así;
yo al remedio me ofrecí,

si al rigor el cuerpo hurtaba.
Con esto al Soto partió,
donde la nueva ha esperado,
que Buitrago le ha llevado,
de que la fama mintió.

ANARDA: ¿Estás satisfecho?

GARCÍA: Sí.

ANARDA: Prima, ¿y nuestro tío?

JULIA: Ya
entregado al sueño está.

ANARDA: Pues sube, que voy tras tí.

JULIA: Sin temer el menor daño
puedes hablar hasta el día.
(Quizá entre tanto García **Aparte**
vendrá a confirmar mi engaño.)

Vase doña JULIA

GARCÍA: ¿Quién creyera que mentía
tan bien compuesta invención?

ANARDA: ¿Ya te di satisfacción?

GARCÍA: Como tuya, Anarda mía.

ANARDA: ¿Qué determinas?

GARCÍA: Rendir
a tu gusto mi albedrío.

ANARDA: Dichosa yo si eres mío.

GARCÍA: Nada lo puede impedir.

*Salen don JUAN y el PRÍNCIPE, de camino, y
GERARDO*

JUAN: Rendidas quedan las postas.

PRÍNCIPE: Tal ha picado el amor.

JUAN: ¡La casa de Anarda abierta!

PRÍNCIPE: Sí, que estaba ausente yo.

JUAN: Tras la puerta hay una luz.
¿Entraremos?

PRÍNCIPE: Ciego estoy,
y la novedad obliga,
si convida la ocasión.

JUAN: Aquí hay gente. ¿Quién va allá?

GARCÍA: ¡Don Juan y el príncipe son!

ANARDA: Sacad, Buitrago, esa luz.

Saca la luz

PRÍNCIPE: ¿Es Anarda?

ANARDA: Sí, señor.
PRÍNCIPE: ¿Quién está contigo?
GARCÍA: ¿Quién
puede estar, sino Alarcón,
si por guarda vigilante
vuestra alteza me dejó?
PRÍNCIPE: ¿En el zaguán y a tal hora,
solos y a oscuras los dos?
GARCÍA: En este punto, de fuera,
señor, Anarda llegó,
y yo, que estaba en espía
con los celos de tu amor,
de venir tan tarde estaba
preguntando la ocasión.

Hablan el PRÍNCIPE y don JUAN aparte

PRÍNCIPE: Rabio, Don Juan.
JUAN: Disimula.
PRÍNCIPE: El seso perdiendo estoy.
JUAN: Toma de Julia el consejo;
de dos daños, el menor.
Dala por esposa al conde,
y aunque con esa pensión,
verás fin en tu deseo,
y no en el suyo estos dos.
PRÍNCIPE: Gerardo, busca a Mauricio,
y di que lo llamo yo.

*Vase GERARDO. Salen doña JULIA y don
DIEGO*

JULIA: ¡En esta casa su alteza!
DIEGO: ¿Qué novedades, señor
a tal exceso os obligan?
PRÍNCIPE: Noble don Diego Girón,
para evitar los disgustos
que hay entre Mauricio y vos,
quiero dar esposo a Anarda,
y hacer estas paces yo.
DIEGO: De vuestra mano real
es, señor, tan noble acción.
ANARDA: ¿Con quién, señor, me casáis?
PRÍNCIPE: Al conde, Anarda, te doy.
ANARDA: Para hacer así las paces,
menester no érades vos,
que ya fuera mi marido,
si hubiera querido yo.

Hacer lo que otro no puede
es milagro del valor;
y así, pues hacer las paces
el vuestro nos prometió,
y cumplirlo es imposible
si al conde la mano doy,
para que cumplir podáis
tan precisa obligación,
a García Ruiz la mano
con vuestra licencia doy.

Hablan aparte el PRÍNCIPE y don JUAN

PRÍNCIPE: Arrojóse.

JUAN: El no querrá,
que es leal, y ve tu amor.

A doña ANARDA

PRÍNCIPE: ¿Sabes que querrá García?

GARCÍA: Si quisiera a Anarda yo
de suerte que mi mal diera
a la envidia compasión,
no me casara, no siendo
con vuestro gusto, señor.

PRÍNCIPE: ¡Qué bien dijiste, don Juan!
Vos, García, sois quien sois,
y sois mi primer amigo
y mi privado mayor.

GARCÍA: Al príncipe, Anarda, debes
esta mano que te doy,
porque, a no querer su alteza,
no me obligara tu amor.

PRÍNCIPE: ¿Qué decís?

GARCÍA: Vos ¿no queréis
casalla?

PRÍNCIPE: ¿Yo?

GARCÍA: Sí, señor.

PRÍNCIPE: Con el conde.

GARCÍA: ¿Con el Conde?

Pero si habéis dicho vos
que vuestro mayor amigo
y mayor privado soy,
lo que dábades al conde,
¿cómo puedo pensar yo
que me lo neguéis a mí?

HERNANDO: (Concluyólo, vive Dios.)

PRÍNCIPE: Sofisticos argumentos

Aparte

en el vasallo, Alarcón,
arguyen claras malicias,
sin disculpar el error.
Idos luego a vuestra tierra,
porque nunca bien sirvió
el que con su dueño arguye.

GARCÍA: Puesto que el vivo dolor
de haberos dado disgusto
me atraviesa el corazón,
vuestro mandado obedezco,
y por él gracias os doy,
pues que trueco al bien de Anarda
los males de la ambición.

JUAN: Señor, mira que Garcia
y su valor...

Hablan el PRÍNCIPE y don JUAN en secreto

PRÍNCIPE: Siempre vos...

JULIA: Al fin, necio, ¿de su alteza
perder quisiste el favor?

GARCÍA: Perdílo ganando a Anarda;
favores del mundo son.

PRÍNCIPE: Vos lo pedis, y Garcia
tiene disculpa en su error.

JUAN: Alarcón, ya de su alteza
tengo alcanzado el perdón.

GARCÍA: Su benigno pecho alaben
cuantos gozan luz del sol.

HERNANDO: Tantas vueltas en un día,
¿cuándo Fortuna las dio?

JUAN: Julia, cumplid la palabra
que me distes.

PRÍNCIPE: Siendo yo
el padrino, bien podéis.

JULIA: Ya es forzoso; vuestra soy.

BUITRAGO: El conde viene.

HERNANDO: ¡A buen tiempo!

Salen el CONDE y GERARDO

CONDE: Aunque sin salud, señor,
sali luego a obedeceros.

PRÍNCIPE: Yo mismo el tercero soy
para que le deis la mano,
conde, a don Diego Girón.

CONDE: Pensé que a Anarda.

PRÍNCIPE: Ya Anarda

es esposa de Alarcón;
y no os pese, que a fe mía
que os ha importado el honor.

CONDE: Pues vuestra alteza lo manda,
soy su amigo.

DIEGO: Vuestro soy.
Y los favores del mundo
dan fin, y piden perdón.

Fin de la comedia

Libros Tauro
<http://www.LibrosTauro.com.ar>